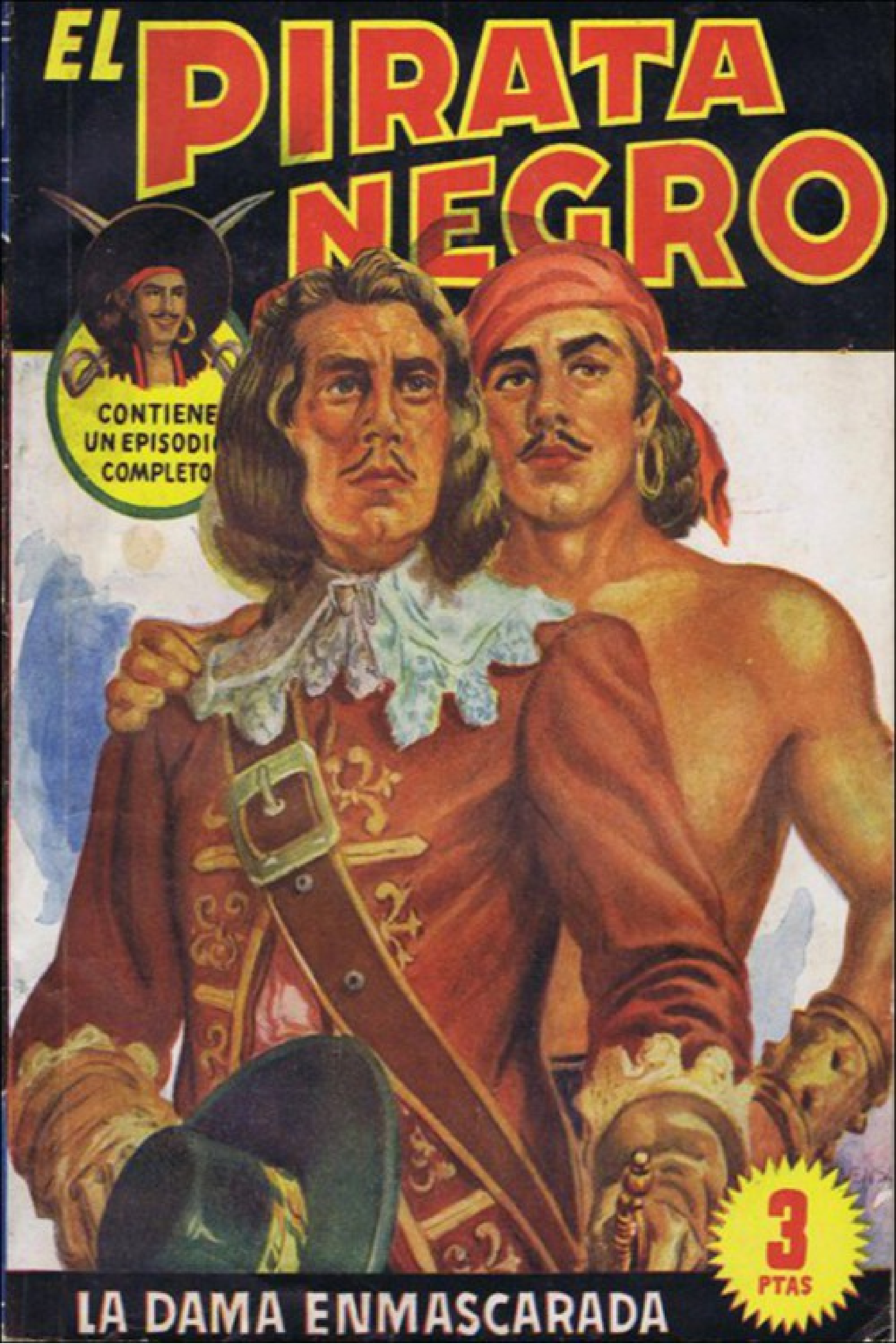
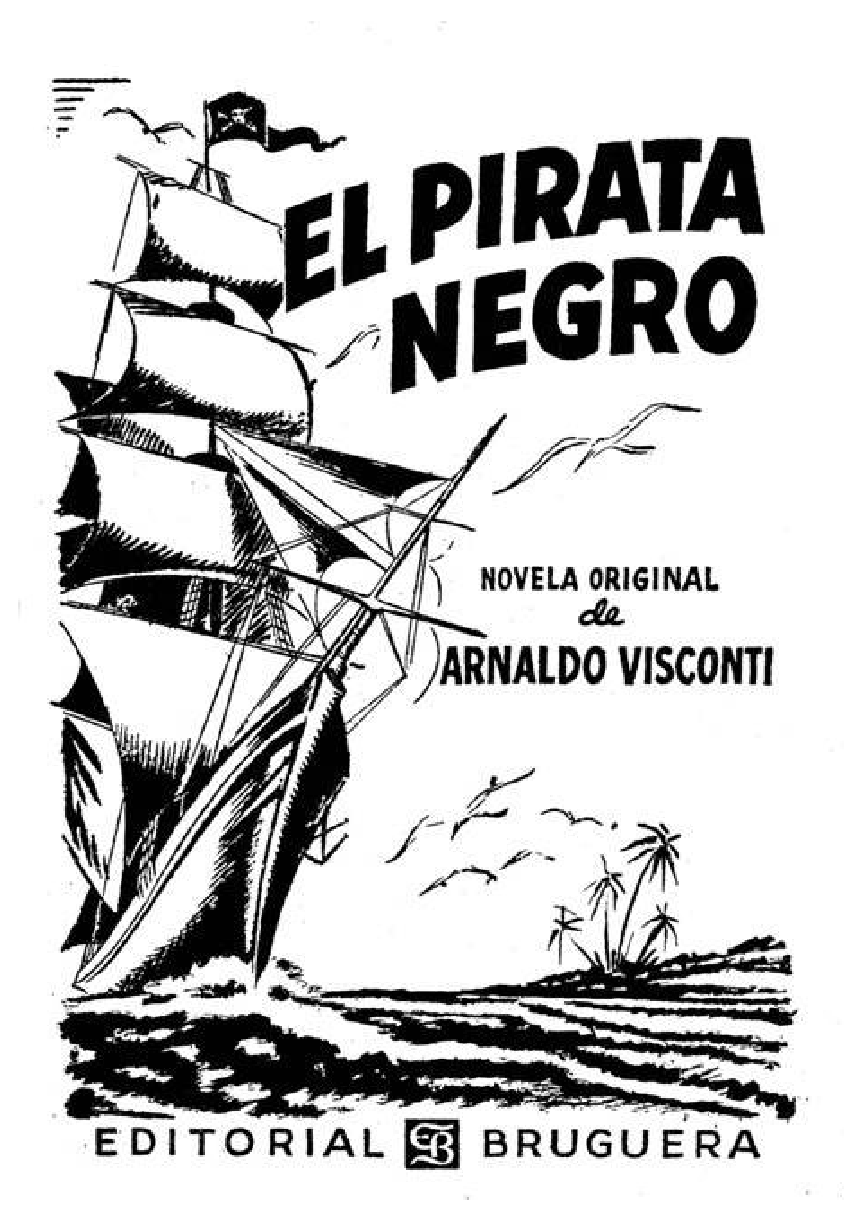

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
3 PTAS
LA DAMA ENMASCARADA


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La dama enmascarada

Colección El Pirata Negro n.° 13

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1946


La DAMA
ENMASCARADA

CAPITULO PRIMERO

Las meditaciones de un rey

El dédalo de callejuelas del barrio extremo de Saint-Dennis formaba, en el 1701, un laberinto por el cual ningún ciudadano francés se aventuraba pasadas las ocho de la noche.

Cualquier parisino reconocía tácitamente que la ribera derecha del Sena, desde el "Quai" Saint-Dennis hasta la isla del mismo nombre, formada por los dos brazos en que se abría el Sena, era región y dominio de las nocturnas y andrajosas siluetas humanas que se dirigían hacia los pasadizos y subterráneos del alcantarillado, donde reinaba Thibaut *le Roi,* sobre los restos de la "Corte de los Milagros".

Antaño y bajo la soberanía de Henri IV, la "Corte de los Milagros" había alcanzado todo su esplendor, y por privilegio real era sede de toda la mendicidad y hampones de París. Cortesanos de buen humor, poetas y algunos burgueses en busca de alegres pasatiempos, frecuentaban aquellos antros de pintorescas leyes dictadas por los "monarcas" elegidos, y que se sucedían a breves intervalos, porque si sus decisiones eran acatadas sin discusión, sus errores eran subsanados con la muerte, que los mismos "súbditos" votaban rápidamente y ejecutaban con aun mayor rapidez.

No era cargo reposado ser rey en la "Corte de los Milagros". En el 1701 lo ostentaba Thibaut, que, como todos los elegidos, recibía la coletilla "*le Roi*" a su nombre. Dotado de hábil cerebro astucioso, Thibaut *le Roi* ejercía, desde hacía tres meses, su cargo de rey de la "Corte de los Milagros", cuando, por una noche neblinosa de la semana de Carnaval, una lejana voz canturreó una melopea implorante.

La canción era una más de las que servían a los mendigos de

París para impetrar la ajena compasión. Pero cantaba cerca de una de las rejillas que por la calle servía de respiradero a los antros subterráneos en que se alojaban los habitantes de la "Corte de los Milagros", tenía una especial significación: o bien, el "*guet*" venía en ronda nocturna a la busca y captura de un criminal que hubiera pretendido ocultarse en la "Corte", o bien tratarse de algún visitante ajeno a la población de hampones.

En el principio de su creación, aquel mundo subterráneo recibió el nombre de "Corte de los Milagros", porque en ella se organizaron en fraternal consorcio de falsos tullidos, los mendigos de París, con la obligación de, llegada la noche, repartirse el fruto de las limosnas. Los medios de torsos de los mancos que en la calle presentaban sólo un brazo, al entrar en las alcantarillas recuperaban de pronto el escondido brazo que les faltaba; los cojos volvían a andar normalmente; los ciegos prescindían de su perro para ojear amorosamente a su esposa de tumo; los epilépticos tiñosos abandonaban las muletas y dejaban de arrojar espuma por la boca, al escupir el trocito de jabón que masticaban...

Seguían ejerciéndose aquellos "milagros" de fraude, pero con el transcurso de los años, nuevos elementos se agregaron a los mendigos; espadachines, cortabolsas y salteadores de caminos se unieron a los falsos tullidos en el usufructo de las favorables condiciones que ofrecían los anchos rellanos por entre los que corrían las aguas fangosas de las cloacas.

Pero si el "*guet*" (guardia nocturna) respetaba 1a "Corte de los Milagros" y pocas veces pasaba por el espacio comprendido entre el "Quai" y la isla de Saint-Dennis, era porque sabía que la criminalidad no hallaba buena acogida entre los delincuentes de poca monta de aquella abigarrada y típica población gobernada por Thibaut *le Roi*.

Cuarentón corpulento y jovial, Thibaut *le Roi* poseía, además de una fuerza prodigiosa y una valentía temeraria, una listeza proverbial y una agilidad de mente muy apta para gobernar en aquella turbamulta de hampones y mujerzuelas.

Cuando oyó la canción del mendigo centinela, Thibaut hinchó su voluminoso pecho y con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—¡Silencio, "*courtisards*"!

La orden, acompañada de un violento puñetazo en su mesa, hizo

enmudecer a su séquito que bebía y reía sentado en bancos y en la misma mesa. Progresivamente fué imperando el silencio en las restantes mesas extendidas por los dos amplios rellanos del núcleo principal de las cloacas.

—¡Anuncian visita, "*courtisards*"! —siguió explicando el vozarrón de Thibaut *le Roi*—. Sabemos ya que ningún burgués, gentilhombre ni trovador nos honra con su presencia desde que admití entre nosotros a los que alquilan sus espadas y los que asaltan diligencias. Pero también sabemos, y sabe el "*guet*", que entre mis "*courtisards*" no quiero ni queremos asesinos. Digo, pues, y decreto que aquel de vosotros que confíe en estar seguro aquí, no lo está si de muertes es responsable. Puede empezar a buscarse salida y escape.

Thibaut *le Roi*, en medio del gran silencio que súbitamente imperaba, sirvióse un nuevo jarro de vino. Bebió, limpióse con el sucio dorso de su manga y eructó sonoramente.

Durante estas operación sus ojillos grises y vivaces no habían estado quietos... Así como él, muchos otros "*courtisards*" esperaban que el posible asesino, oculto entre ellos, se dirigiera hacia una de las múltiples salidas para apresarlo y entregarlo al "*guet*".

Pero nadie se movió. Y tampoco se movieron ninguno de los diecisiete hombres que, en masa aislada, seguían bebiendo en silencio, totalmente ajenos a lo que se hablaba, porque no entendían una sola palabra de francés.

Thibaut *le Roi* pegó otro sonoro puñetazo en la mesa.

—Mi voz ha dado ya el aviso prudente. ¡Siga la fiesta!

La "Corte de los Milagros" renació al bullicio que todas las noches, hasta primeras horas de la madrugada, era habitual en ella. Thibaut seguía bebiendo, y sus ojillos seguían avizorando las múltiples entradas a los "intestinos" de París.

La ley entre los "*courtisards*" podía resumirse, diciendo: "No te metas en lo que tu vecino de la otra mesa hace, y que nada te extrañe. Thibaut *le Roi* piensa por ti".

Y Thibaut *le Roi* empezó a pensar, cuando en la entrada más cercana a su mesa se detuvo en el último escalón un extraño espectáculo. Una mujer sola, enmascarada, y vestida con detonante lujo.

No podía adivinarse ni la edad ni las características físicas de la

audaz visitante solitaria, porque la blanca peluca cubría el verdadero color de sus cabellos naturales. La rica tela de su vestimenta estaba cortada holgadamente, siendo imposible adivinar si era esbelta o rolliza, por los muchos pliegues de su corpiño y falda.

Enguantada de rojo terciopelo, también era rojo el ancho antifaz que cubría su rostro, desde lo alto de la frente hasta el vuelo de encajes que caíale sobre el escote, velándolo.

La enmascarada fué mirando lentamente a toda la concurrencia que abarrotaba los amplios rellanos escalonados. El sillón de alto respaldo donde sentábase Thibaut ostentaba un cuerno de la abundancia labrado toscamente en madera; el emblema de los sucesivos reyes de la "Corte de los Milagros".

Thibaut *le Roi* vió acercarse a la desconocida: intentó percibir el color de los ojos femeninos, pero una telilla roja más clara velaba las pupilas que le miraban.

—Buenas noches, rey Thibaut—habló la enmascarada con voz que llegó opacamente a oídos del séquito, que había enmudecido al acercarse ella—. Necesito hablarte.

—¡Hola, dama Carnaval! ¿Eres *ribaude*[1] en disfraz o perteneces al mundo de arriba?

—No soy *ribaude* ni pertenezco a tu mundo. ¿Puedo entregarte un obsequio para tu corte?

—Aceptamos todos los obsequios, dama Carnaval. Es oficio de mis gobernados tender la mano.

La enmascarada registró entre el revuelo de su falda y colocó ante Thibaut un bolsón. Thibaut *le Roi* lo vació sobre la mesa: extendiéronse más de un centenar de luises de oro. Los ojillos grises del monarca hampón relucieron satisfechos. De aquel óbolo repentino, la décima parte le pertenecía.

Con brusco empujón de su largo brazo proyectado hacia adelante derribó al suelo a un "*courtisard*" que sentábase ante él.

—Toma asiento, dama Carnaval. "Tirelarigó" te lo cede galantemente.

El "*courtisard*" derribado levantóse prestamente, y riendo colocóse tras Thibaut. La enmascarada sentóse.

—Cincuenta veces esta cantidad, rey Thibaut, es lo que vengo a ofrecerte.

Si la voz de la enmascarada era opaca el oído de Thibaut era agudo. Rió a carcajadas, abriendo ampliamente los brazos.

—¡Hola, hola! Si la roña y la tiña abundan en mis dominios, en los tuyos rebosa el oro, dama Carnaval. Pero no soy incauto palomo que aletea ansioso cuando oye gorgojear a desconocida hembra. —Dióse una violenta palmada en la frente. —Tú tienes máscara, dama Carnaval. Yo, tras mi rostro peludo y mis cerdas de jabalí escondo sesos. Muchos sesos; todos los serrines de mi corte confían en mis grandes sesos. El paseante que da unos céntimos lo hace para ponerse a bien con Dios, por puro instinto piadoso o temeroso. Nada nos pide en cambio. ¿Qué pides tú a cambio de tan gran limosna?

—Mucho—dijo lacónicamente la enmascarada.

—Lo suponía. Pero, si el valor tuviste de venir aquí sola, también tendrá tu alma generosidad—y Thibaut, con los antebrazos hizo caer los luises de oro en un saco que hallábase abierto entre sus piernas. El cofre común de los "*courtisards*"—. Tu limosna primera ha sido aceptada sin ningún compromiso por parte mía.

—Así te la di; por generosidad y sin compromiso por parte tuya.

—¡Hola, hola! Eso está mejor. Habla, pues; tanto si acepto como si no lo que piensas proponerme, amigos quedaremos. Habla.

—Hace escasamente una hora, un español de elegante atuendo negro ha salido de aquí. ¿Le conoces?

—¿Y tú?—replicó prudentemente Thibaut.

—Se llama Carlos Lezama. Dicen que es pirata—contestó la enmascarada.

—Tienes razón. Dicen que es pirata, pero nunca hacemos caso de lo que se dice.

Y Thibaut rió sonoramente, acompañado por su séquito, que enmudeció rápidamente al asestar el rey un recio puñetazo en la mesa.

—'¡Hola, hola! ¿El español te gusta, dama Carnaval? Guapo hombre es..., pero no hay hombre que valga tanto oro.

—Para mí vale todo el oro que tengo, rey Thibaut. ¿Has oído hablar del conde de Ferblanc?

—¡Hola, hola! ¿Quién no? Es el gobernador de la prisión de Vincennes y también es secretario del otro rey de París, el que los de arriba consideran rey de Francia. El conde de Ferblanc es uno de

los tantos secretarios: tiene mandato sobre los mosqueteros grises encargados de la vigilancia interior de la ciudad de arriba. Ves que si en cloacas vivo, conozco a la gente distinguida y que huele mejor que nosotros. La gente que huele a rosas como tú hueles. ¿Para qué hablas de Ferblanc?

—Ha llevado a Vincennes, en carroza-prisión, al español. Y al amanecer decapitarán al español.

Cuando Thibaut meditaba, su dedo pulgar derecho hundíase en una de sus fosas nasales y el resto de sus dedos cubría su gruesa nariz. Mantúvose apoyado en el codo, y en esta poco elegante postura unos segundos. Al final liberó su nariz y un costroso índice apuntó rectamente a la desconocida.

—Tú lo has dicho, dama Carnaval. Decapitarán al español.

—Cinco mil luises de oro tendrás.

—Decapitarán al español... y no tendré esos luises.

—Carlos Lezama es pirata, pero nunca ha asesinado. Cien mosqueteros grises guardan la fortaleza de Vincennes...

—"Beber y comer, reír y amar"— cantó estentóreamente Thibaut *le Roi*. —¡Qué bien se vive cuando se vive bien! Y queremos vivir bien, dama.Carnaval. Y podemos vivir bien... sin tus luises. Gracias te da mi gente por tu limosna primera, pero no quieren la segunda. Vete a ofrecerla allí.—

Y Thibaut *le Roi* señaló la mesa donde "Cien Chirlos", "Piernas Largas" y los otros quince piratas manteníanse en hosco silencio. —Lástima, dama Carnaval, es que son españoles y no hablan nuestra dulce lengua galante. ¡Adiós, dama Carnaval!

Y para manifestar que la audiencia había terminado, Thibaut asió por los hombros y la cintura a la *ribaude* que tenía más cercana y la sentó rudamente sobre sus rodillas. Susurró algo en su oído... La *ribaude* rió roncamente... El séquito lanzó entremezclados comentarios...

La enmascarada levantóse y atravesó la pasarela tendida sobre el cauce de aguas fangosas. Aproximóse a la mesa de los piratas.

"Cien Chirlos", el lugarteniente de Carlos Lezama, el Pirata Negro, no miró siquiera a la recién llegada. Pero "Piernas Largas", el andaluz guitarrista y coplero, era hombre que se creía galante.

—Atisbad, compadres. Un máscara que viene a por nosotros. ¿A quién elegirá? Rica ropa lleva, pero bajo el tapujo rojo hay gata

encerrada. Me gustaría saber si es joven, vieja, bonita, fea, rubia...

—¡O negra!—atajó “Cien Chirlos” contrayendo su horrendo rostro surcado de cicatrices—. ¡Maldito seas, andaluz! “Él” ha dicho bien claro que al amanecer nos larguemos. Y “él” no quiere líos de faldas. ¡Con que picos cerrados y no hay máscaras que valgan!

La enmascarada apoyó sus guantes rojos en el borde de la mesa, y su opaca voz susurró:

—¿Podéis decirme si conocéis a Carlos Lezama?

Fué hablado en excelente español, quizá matizado de una leve entonación exótica. “Piernas' Largas” parpadeó.

—¡Tate! ¿Eres española? Yo te cantaré coplilla de...

—¡La coplilla la cantaré yo!—bramó “Cien Chirlos”—. Sigue tu camino, moza. Esa es reunión de hombres solos, ¡y por todos los pillastres del Averno!, que ha de seguir siendo reunión de hombres solos.

—Carlos Lezama será decapitado al amanecer—dijo suavemente la enmascarada.

Simultáneamente los diecisiete piratas pusiéronse en pie, con torva expresión amenazadora. “Cien Chirlos” repartió de pronto unos cuantos codazos y puntapiés que nada tenían de afectuoso.

—¡Sentaros, hatajo de asnos! ¿O es que os han pinchado con lanzas en las posaderas? He dicho que sigas tu camino, máscara; y no me andes calentando los cascos. Poco paciente soy, y suerte tienes que “él” nos obligó siempre a respetar a las que falda llevan, o te...

—¿“Él”? — preguntó la máscara—. Si él es Carlos Lezama, apodado el Pirata Negro, al amanecer será decapitado por el verdugo.

“Cien Chirlos” avanzó una mano gigantesca y musculosa hacia el cuello de la enmascarada que hablaba inclinada sobre la mesa. Contúvose a tiempo y habló roncamente.

—¿Quién eres tú y por qué vienes a contarnos... cosas malas?

—Soy una mujer que quiere a Carlos Lezama y no está dispuesta a consentir que el verdugo corte su cuello al amanecer porque entonces sería noche eterna en mi alma.

—Si llevases buenas intenciones— dijo de pronto “Piernas Largas”—no te esconderías bajo tanta ropa ni trapo rojo.

—¡Eso es!—aprobó calurosamente “Cien Chirlos”.

—¿Qué importa mi máscara? Yo sólo quiero haceros saber que hace apenas una hora Carlos Lezama al salir de aquí fué acorralado por el “ejército de sombras grises” y lo han llevado preso a sitio de donde nunca se sale si no es por voluntad del rey de Francia, y el rey de Francia ordenó hace tiempo que todo pirata que preso cayera en suelo francés fuera inmediatamente decapitado. Las ejecuciones son siempre al amanecer... y faltan sólo dos horas...

—No cabe duda que faltan dos horas para que amanezca—dijo, zumbón “Piernas Largas”—. Pero con queso no nos las das, gata. Si buscas nuestra carne de pirata, lista vas. Y en cuanto a “él” no hay quien le coja, porque “él” es más listo que todos los franchutes enteros, nacidos y por nacer.

—¡Eso es! — aulló, entusiasmado “Cien Chirlos”. Y propinó en la espalda del andaluz una brutal palmada de aprobación que resonó huecamente en el ancho torso de “Piernas Largas”—. Eres listo como tú solo, andaluz. ¿Pues no venía a engatusar esa... esa “mequetrefa”? 'A “él” nadie le coge, ¿sabes, máscara del demonio? Conque ahueca el ala ahora mismo...

—Si en mis palabras no creéis, basta que uno de vosotros se acerque al castillo de Vincennes y que averigüe si no va a reunirse el Tribunal del Mar para Sentenciar al Pirata Negro a muerte por hacha. Pero ya tarde será para evitarlo. ¿No me visteis hablar con el “rey” Thibaut? Le ofrecí cinco mil luises de oro, para que me ayudase con sus hombres a facilitar la evasión del Pirata Negro, pero no ha aceptado. Hay en el castillo de Vincennes cien mosqueteros grises; al amanecer formarán en cuadro, los tambores redoblarán, y al cadalso subirá el Pirata Negro. En las almenas quedarán sólo unos pocos centinelas. Hay boscaje alrededor. Hombres diestros en deslizarse por la noche podrían sorprender a los centinelas, y después impedir que el verdugo cortase el cuello de Carlos Lezama. Pero, aunque me creyerais, sois pocos. Precisaría doscientos hombres para que sin matar a los mosqueteros grises, pudieran distraerlos mientras otros facilitasen la evasión del Pirata Negro. Hay aquí muchos espadachines que por oro lucharían si se les aseguraba que no debía matarse a un solo mosquetero; sino aplastarles por superioridad, atarles y huir. El oro lo tengo; ¿podéis acaudillar a comprados espadachines?

Los diecisiete piratas, boquiabiertos luchaban con el peor

enemigo que tenían: sus propios cerebros tardos. “Piernas Largas” era considerado el hombre talentudo entre los piratas de Carlos Lezama.

—Peliaguda es la cosa, compadres —habló ceceando, a los otros, perplejos y reunidos ahora junto a “Cien Chirlos”—. Si es trampa y vamos al Vincennes que dice esa máscara, nos pueden pellizcar en redada de tontos palominos. Pero ¿y si no es trampa? ¿Y si es cierto lo que dice? Habla muy seguido y aunque lleva trapo oigo algo veraz en sus palabras. ¿Que sabemos si es dama que “se pirra” por “él”? ¿No le seguían siempre dos mosqueteros grises a “él”?

Hacía unos instantes que tras la enmascarada, Thibaut *le roi* meditaba. Su gruesa nariz lo era más, debido al pulgar insertado en la fosa nasal. De pronto, apoyó un dedo en el hombro de la misteriosa intrusa que volvióse para ver cómo Thibaut señalaba una apiñada muchedumbre yacente sobre lechos de paja en los que la manta era la propia capa de los que dormían envueltos en ella.

—Puños que se alquilan, dama Carnaval. Si tienes cinco mil luises de oro para repartir entre ellos, pueden servirte. Si asesinan no volverán a ampararse aquí… Si no, ellos volverán, porque en mi corte están bien, comen, beben y aman. Yo nada sé de lo que tú proyectas. Ni tampoco cuando vuelvan les preguntaré si han matado. Me basta con que de sus bolsas me entreguen para el fondo común una mitad de lo que les pagues. Adiós, dama Carnaval.

La enmascarada dióse de nuevo vuelta para enfrentarse con los diecisiete piratas.

—Vosotros solos no podéis intentar el asalto al castillo-prisión donde ha de ser decapitado Carlos Lezama. Pero sabriáis llegar sin ser vistos hasta las almas. Amordazad a los centinelas, y si lográis abrir el puente levadizo del castillo, por esta entrada irrumpirán los doscientos espadachines que yo puedo pagar. Decidid con rapidez, porque al amanecer Carlos Lezama, el Pirata Negro, será decapitado.

CAPÍTULO II

La evasión

En la sala del gobernador del castillo de Vincennes, Carlos Lezama miró con especial ironía al conde de Ferblanc, el hombre que sin saber que ante sí tenía a su hijo, era el encargado de acompañarle al patíbulo.

—¡Ah!—dijo el Pirata Negro tendiendo el oído—. Redobles de tambores y un toque de cornetín. No tocan mal vuestros músicos.

—Del rey, amigo mío, del rey—replicó Ferblanc.

—Presumo que debemos salir, señor. El espectáculo que se prepara me parece que no podrá empezar si yo no estoy presente.

El conde de Ferblanc rodeó impulsivamente con su brazo los hombros del Pirata Negro.

—¡A Dios le pido que en igual trance, yo sepa tener vuestra bravura!

Cerca los dos rostros, Carlos Lezama sonrió tenuemente.

—A vos nunca os esperará el verdugo porque sois proverbialmente recto y honrado. Pero aun si así no fuera, tened por seguro que me ganaríais porque sois.., sois superior a mí en temple... y en años.

La última palabra fué pronunciada con cariñosa ironía por Carlos Lezama.

—¡Diablos! — masculló Ferblanc. —¡Es estúpido! ¡Vos sois al que van a ajusticiar y yo soy quien me siento emocionado sin comprender la razón!

—Se impacientan los tambores, señor de Ferblanc. Hacedme el honor de mostrarme el camino.

En el patio del castillo teñido de grises livideces un cuadro de mosqueteros formaba, espada en mano. Los tamborileros de la

fortaleza repiqueteaban en fúnebres redobles.

Humbert de Ferblanc avanzó hacia las gradas del cadalso donde el verdugo, apoyado en el mango de su hacha aguardaba. Tras él, brazos cruzados', el Pirata Negro fué recorriendo el camino que le separaba del patíbulo.

—¿Algo fría la mañana, no?—comentó Lezama subiendo, las escaleras — La próxima vez que me invitéis a ese paseo, señor de Ferblanc, mandad encender fogatas. Sería muerte indigna el pillar una pulmonía.

El verdugo avanzó con una cordezuela en la diestra.

—¿Atarme, cortacuellos? — rió el Pirata Negro—. Si es tu obligación, bien está. Pero preferiría que te dieras cuenta de que no es preciso.

—Dejadlo—ordenó secamente Ferblanc, que ya no podremos seguir peleándonos en esta tierra. Pero confío en otro mundo mejor donde os pueda llamar menos ceremoniosamente y vos me llaméis simplemente... Carlos.

—Así lo deseo, mi valiente amigo. Dadme la mano.

—¿Ante todo este público?

—Ante el mismo Rey si preciso fuera, yo me honro en estrechar vuestra diestra. Si a la muerte os llevé, derecho tengo a proclamar bien alto que cuando os arrodilléis, por vez primera me arrodillaré pidiendo al Más Allá que nos conceda el reunirnos algún día en tierra de almas, donde no existan las vanidades y leyes humanas.

Al estrecharse ambos la mano fuertemente, ante el asombrado verdugo que aguardaba, sonrió tristemente Ferblanc.

—Ridículo soy, Carlos Lezama. Como diríais vos: ¿a que tantas monsergas si yo os he traído aquí?

El ademán que dibujó en el aire la diestra del Pirata Negro al-separarse de la mano de su padre, fué extraño. Semejó una muda caricia destinada al hombro de Ferblanc. Retrocedió la mano, sonrió... y bruscamente arrodillóse, colocando su cabeza sobre el yunque.

Humbert de Ferblanc cayó hincado de rodillas... Rezaba por vez primera. El verdugo alzó el hacha y en el lívido amanecer los tambores enmudecieron, mientras el destello del hacha elevábase siniestramente...

Un doble estallido repentino coincidió con una enorme gritería

que rasgando el silencio estalló confundida con rechinar de cadenas.

Alcanzado en plena frente, el verdugo tambaleóse… Los dos disparos dibujaron dos negros agujeros en su cráneo por los que manó la sangre…

El hacha cayó de sus manos alzadas, rebotando a sus espaldas…

El rechinar de cadenas anunciaba que desde el interior del castillo alguien acababa de abrir la poterna del puente levadizo permitiendo el paso a un turba de ululantes desharrapados que espada en mano abalanzáronse hacia los estupefactos mosqueteros.

Humbert de Ferblanc enderezóse con prontitud, desenvainando.

—¡Presto a las armas!—gritó a sus mosqueteros grises.

Pero el brusco y bien combinado ataque cogía desprevenidos a los mosqueteros muy confiados en que nadie osaría asaltar el castillo de Vincennes sin que los centinelas dieran la voz de alarma. Algunos grupos aislados luchaban aún pero fueron pronto derribados y atados por los atacantes en número superior.

Humbert de Ferblanc iba a descender las gradas del cadalso, espada en mano, cuando la mano izquierda del Pirata Negro se posó en su hombro. Y, perplejo, el gobernador del castillo asaltado, vió al condenado a muerte que le sonreía, apoyada la diestra en el hacha del verdugo. El hacha en vertical posición, refulgía lívidamente en la doble media luna de acero.

—El Azar ha dispuesto, señor de Ferblanc, que yo no muera ajusticiado por el verdugo. Esa banda de piojosos ha hecho una faena limpia, que yo ni he dirigido ni he planeado. Considero imprudente que descendáis, señor de Ferblanc.

—¿Tiene algo que ver con vuestra consideración el hacha que empuñáis?

—La mantengo porque es instrumento que sé manejar, y si dispuesto estoy a aceptar esta inesperada salvación, no estoy en cambio dispuesto a tolerar que a vos os amarren como a uno más de vuestros mosqueteros.

Los “piojosos” debían tener alguna orden preliminar, porque cuando por todo el empedrado del patio quedaron amarrados y amordazados todos los componentes de la guarnición, fuéronse retirando por el puente levadizo. Y en la base de la plataforma del cadalso, apiñáronse solamente diecisiete hombres, en respetuosa

actitud, destocados y mirando al Pirata Negro, que soltando el hacha, avanzó unos pasos, mientras Ferblanc envainaba.

—Bravo, mis valientes—dijo sonriente el Pirata Negro—. Sentí ya en mi cuello el frío del yunque, que hacha se me antojada. Y ahora me siento dispuesto a entrar en calor, lo cual sólo se logra con la cabeza sobre los hombros. Sólo piratas míos podían sorprender a centinelas de fortaleza, pero decidme, bergantes, ¿empleasteis el cuchillo?

—El calcetín con arena, señor—explicó, sonriendo, "Cien Chirlos".

—Lo celebro, mis valientes. Me he dado cuenta que tampoco habéis derramado sangre aquí en el patio. En cuanto a este verdugo, los dos pistoletazos le fueron bien otorgados. ¿Sois de mi opinión, señor de Ferblanc?

El interpelado conservó silencio, limitándose a cruzarse de brazos.

Quien calla otorga y asiente — continuó diciendo el Pirata Negro—. Se respira bien cuando uno pensaba no respirar nunca más.

Con ágil salto franqueó la altura que separaba el cadalso del empedrado, y ya al frente de sus hombres miró hacia lo alto, donde el conde de Ferblanc seguía ceñudamente, cruzado de brazos.

—Si no nos volvemos a ver, señor de Ferblanc, olvidadme. Por más que quisiera satisfacer al rey de Francia, visto que órdenes suyas cumplíais, insensato sería que más tiempo aquí permaneciera. Sin rencor, señor de Ferblanc.

Dió media vuelta el Pirata Negro bruscamente, y por entre los tendidos mosqueteros de la guarnición, dirigióse al puente levadizo, seguido de los diecisiete piratas.

Humbert de Ferblanc inclinóse sobre el verdugo como si quisiera comprobar si realmente estaba muerto. Ocultaba así la sonrisa irónica de su rostro cuando murmuró en voz inaudible para la derrotada guarnición:

—Lo siento por ti, verdugo. Pero no cabe vacilación: te prefiero a ti muerto y que siga muchos años en vida este magnífico aventurero que llaman el Pirata Negro.

* * *

Reunidos en la espesura central del bosque de Charenton,

dieciocho hombres sentábanse sobre sus tacones, escuchando las aturulladas explicaciones de uno de ellos, de rostro corcusido.a costurones.

—...y fué repartiendo oro y más oro que sacaba de sus grandes faldas. Seguro es que lo llevaba en faltriqueras cosidas, o no sé, pero el caso es que uno a uno fueron yéndose de las cloacas los que oro habían recibido. Entonces, cuando terminó el reparto, la máscara que hasta entonces había estado hablando en afrancesado, nos habló en español diciéndonos que la nube de los que oro habían recibido de sus manos, se reunirían poco a poco en los alrededores del bosque del castillo donde tú estabas preso, señor, y allí aguardarían a que fuera descendido el puente levadizo para darles entrada. Pero que yo y esos teníamos que acallar a los centinelas sin matarlos y no metiendo bulla ni ruido, porque tú pagarías las consecuencias, señor. El caso es que consulté a “Piernas Largas”; nos pusimos de acuerdo, y fuimos lagartos trepadores. Desde las almenas, ya atontados los centinelas, te vimos cerca del verdugo. Dos de esos estaban entendiéndoselas con el de la puerta, y al bajar la cadena del puente levadizo... pues yo me pensé que había que quitar de en medio al verdugo. No me gustaba nada que...—y “Cien Chirlos” buscó un argumento definitivo—. ¡Nunca me han gustado los verdugos!

—A mí tampoco, guapetón—replicó el Pirata Negro—. Pero fueron dos pistoletazos y sólo tienes una pistola.

—Dos pulsos valen más que uno, señor — intervino “Piernas Largas” exhibiendo sus ennegrecidos dientes.

—Cuando ese apretó el gatillo, yo apreté el mío. La máscara dijo que no debíamos matar... pero un verdugo no es un hombre. Un verdugo no es nada, no cuenta, no tiene vida, o sea que a nadie hemos matado. ¿Me das tu aprobación, señor?

—Siempre dije que eras hombre culto, andaluz. Háblame ahora de la enmascarada: ¿era joven, casi una niña? ¿Hablaba español con acento portugués?

—Mujer era, señor. Hay algo que siempre se nota... sin verlo. Era mujer por sus ademanes, su breve pie, y su pequeña mano. Pero nada más puedo aclararte. La ropa le venía muy anchísima; el antifaz rojo le cubría toda la cara, garganta y principio de pecho. Era mitad de tela y mitad de encajes. Tanto puede ser bella como

fea, niña como vieja de noventa... pero lista es y rica. Nos llevó hasta el bosque del castillo, y ya más no sabemos de ella. Cuando del castillo nos fuimos, ya ella no estaba donde la dejamos.

—Te pregunté si hablaba con acento portugués. Andaluz eres y puedes percibir ese detalle.

—Era voz que el trapo ahuecaba, y no sé si acento portugués tenía, señor. Pero yo que "endiquelo" de parlas españolas, puedo decirte que hablaba tan bien como tú, esos y yo. No era francesa, no.

—¿No dijo "Cien Chirlos" que a los que os ayudaron en la faena, les habló en afrancesado?

—Oh, sí, eso sí—afirmó el andaluz. —Pero también tú hablas afrancesado, inglesado y otras parlas, y no eres franchute ni inglés.

—Exacto. Bien, mis valientes. Como el soplo nos vamos a desvanecer. En París sobramos. Esta noche de dos en dos y por distintos andurriales os largaréis al sur. Al lugar de donde vinisteis y donde nos aguarda el "Aquilón". Allí nos iremos reuniendo todos.

—Diecisiete somos, señor—dijo rápidamente "Cien Chirlos".—Esos se van de dos en dos como les has ordenado, y así yo me quedo solo, con lo que deberé acompañarte, ¿no es así, señor?

—"Piernas Largas" y su guitarra me entretendrán la caminata. Ahora, a dormir el que pueda. Yo cansado estoy, que noche en vela pasé. Uno de turno a la vigilancia de quien ande por ahí. Turnos de dos horas hasta que el sol se vaya.

Y el Pirata Negro tumbóse sobre su capa, cerrando los ojos. La frondosa vegetación sombreaba la espesura impidiendo la entrada de los rayos del sol, en aquel espacio del bosque de Charenton.

Anochecido ya, de dos en dos fueron abandonando los piratas el refugio del bosque de Charenton. Quedaron últimos el Pirata Negro y "Piernas Largas".

—Conmigo te guardé, andaluz, porque continúa el Carnaval y quiero que tú me ayudes en encontrar a esa dama misteriosa enmascarada que os visitó en el reino de cloacas del zorro Thibaut.

✲ ✲ ✲

Thibaut *le Roi* presidía con su habitual llaneza de modales las nocturnas bacanales de su corte. Su actual diversión, coreada por grandes risotadas, era verter el contenido de una gran jarra de vino en el escote de la *ribaude* sentada a su lado.

Cesó en la fina y galante diversión cuando sonó la melopea del mendigo centinela apostado en la rejilla próxima a su mesa.

—¿El *guet* u otra enmascarada derrochona?—masculló Thibaut, rechazando el abrazo de la remojada *ribaude*, que agradecía el haber sido objeto de las "atenciones" del rey de la "Corte de los Milagros"—. "Beber y comer, cantar y reír, amar y dormir"—canturreó reciamente... pero su pulgar hundíase en su nariz.

Thibaut meditaba las explicaciones que sin serlo, le permitieran engañar a los investigadores del *guet* si venían a preguntarle noticias de los tres centenares de desharrapados espadachines que habían asaltado una fortaleza real.

Dejóse tranquila la nariz cuando vió entrar al andaluz guitarrero tras la figura alta y hercúlea de un enmascarado, que deteniéndose ante Thibaut quitóse el antifaz.

—¡Hola, hola! ¿Dónde te he visto antes de ahora? ¡Ah, sí! Tú eres el espléndido español que generosamente regaló oro entre mis pobres *courtisards*.

Sí, ese soy yo, gran Thibaut— replicó riendo Carlos Lezama—. ¿Quién era la enmascarada que ayer noche te visitó?

—¿La enmascarada? ¡Hola, hola! Estamos en Carnaval, español. Todo París pulula de antifaces. ¿No llevabas tú mismo uno al entrar en mi reino?

—En tu reino de cloacas no entran enmascaradas aristócratas o ricas hembras que oro reparten. Y la de ayer noche no era *ribaude*. Necesito saber quién era.

—Ya lo sabes; yo no. Ni oro ni enmascaradas he visto. Pero pude dormirme y quiero complacerte.

Thibaut dió un recio puñetazo en la mesa.

—¡Oidme todos! ¿Alguien vió anoche a una enmascarada que yo no vi por aquí?

Una serie sucesivas de "no", "ni idea", "nunca", "bobadas", estalló crepitante desde todos los rincones. Thibaut abrió cuando pudo los grandes brazos abarcando simbólicamente su corte de *courtisards*.

—Has oído la voz de la verdad, español. Mi pueblo ha hablado.

—El mío también, Thibaut — y el Pirata Negro riendo señaló a "Piernas Largas"—. Legañosos tiene los ojos ese hombre que me acompaña, pero vió muy bien a la enmascarada.

—Si la vió, él te dirá quién era. Yo sólo sé que no la vi.

—Escucha, gran Thibaut. Comprendo tu actitud de zorro listo; pero ¿a qué tantas precauciones conmigo? Yo no soy la ley. Quiero tan sólo saber quién era ella.

—¿Tu pueblo con toda su guitarra, qué te ha dicho?

—Que era mujer que llevaba antifaz rojo que todo el rostro le cubría y que sus ropas no permitían adivinar su silueta

—Si yo la hubiese visto, lo mismo habría visto.

—Nunca a nadie he rogado, gran Thibaut. Si aquí reinas, yo en el mar reino. Te ruego me digas quién era ella; debo saberlo, porque hombre agradecido soy.

—También yo a ti voy a rogarte que me creas, pirata. Si aquí entró la enmascarada, entró por primera vez, y si máscara llevaba era porque no quería que supieran quién era. Es credo en mi corte que todos son libres de no decir quién son, y por eso mi mendigo dejó que pasaras con tu rostro cubierto por antifaz. No me eres burgués, y eso es elogio que te hago, con lo que quiero decirte que no me eres antipático. Por eso mismo siento manifestarte que ignoro lo que deseas saber. "Cantar, reír, amar"...

Y desentendiéndose de sus dos visitantes, Thibaut abrazó a su compañera.

—Adiós, gran Thibaut. No pienso volver a visitarte.

El rostro taimado del peludo hampón se distendió en astuta expresión.

—Harás bien, español. Ya en mi reino no tendrías refugio. Tarde o temprano el *guet* o el ejército de las sombras del conde de Ferblanc, vendrán a visitarme. Y si por un español pirata me preguntasen, yo mismo daría la voz a mis *courtisards* de que te echaran la zarpa y te entregasen a los esbirros de la ley de arriba.

El Pirata Negro estalló en breve carcajada burlona.

—Van bien gobernados tus piojosos. Espero que tendrán la atinada opinión de conservarte algunos meses más como rey de sus cloacas.

—Es también esa mi esperanza—y Thibaut reanudó sus "atenciones" hacia la mujerzuela que se sentaba a su lado.

Habíanse ya marchado el Pirata Negro y el andaluz, cuando Thibaut *le roi* eructó sonoramente, tras beber vino que se derramó en partes iguales dentro de su garganta y por su peludo rostro y

despechugada casaca.

—Hay pollos que habiendo logrado librarse del cuchillo del cocinero del rey de arriba, en vez de volar hacia muy lejos, merodean por el gallinero preguntando por gallina enmascarada. ¿Agradecimiento, amor? ¡Puaff! Por tonterías de esas es cómo le tajan a uno el resuello. Dame un beso, Titine. "Amar, dormir"...

Y el vozarrón de Thibaut *le Roi* llenó los ámbitos de la "Corte de los Milagros".

CAPITULO III

Consultas

Si la satisfacción rebosaba en el semblante habitualmente hosco de monsieur Le Normand, no se debía a su privilegiada situación de favorito del Rey, del que era secretario particular, ni debíase a las muchas prebendas de que gozaba como jefe de todos los distintos secretariados del Estado Francés.

Monsieur Le Normand acababa de ser recibido por Su Majestad y apenas había oído de labios reales cuanto había motivado su urgente presencia, Le Normand, apresuróse en convocar al conde Humbert de Ferblanc, para que se personase en el más breve intervalo en su despacho.

Cuando Ferblanc, por su enérgico carácter y por su probidad mereció que el rey se dignara prestar atención al "favorito de las damas", como pese a su madura edad era llamado en la corte real el apuesto conde, nació en Le Normand un secreto despecho.

Como hombre inteligente reconocía en todo su valor la cooperación que Ferblanc aportaba desde su secretariado de orden interno, pero el favorito del rey hubiese deseado poder encontrar un motivo justificado en el que apoyarse para intentar humillar la altivez del conde de Ferblanc.

Y el rey acababa de darle carta blanca para saciar su pequeño rencor.

Humbert de Ferblanc entró en el despacho, y sus ojos negros de insolente mirada burlona, posáronse en el semblante del favorito del rey.

—Sentaos, conde de Ferblanc—invitó secamente Le Normand—. Lamento expresaros el profundo descontento de Su Majestad, que me ha delegado para que os reprenda severamente por la

incalificable tropelía cometida esta madrugada en el castillo de Vincennes, del que… erais gobernador.

Humbert de Ferblanc no pestañeó siquiera. Limitóse a sonreír y aquello exasperó secretamente a Le Normand que había esperado satisfacerse con su estocada verbal que había preparado arteramente como anuncio de la cesación de Ferblanc en el cargo de gobernador de Vincennes.

—Su Majestad tuvo a bien anticipar mi dimisión—dijo Ferblanc, extendiendo sobre la mesa un papel firmado de su puño y letra—. Era la documentación informada de los motivos por los que yo mismo me estimé indigno de continuar gobernando una prisión-fortaleza que no supe impedir asaltaran.

—Es de apreciar que seáis imparcial hasta con vos—dijo avinagradamente Le Normand—. Considero incalificable lo ocurrido.

—Sí; es incalificable—dijo Ferblanc con un destello de peligrosa amenaza en su pupilas—. En toda Francia sólo hay un hombre que puede calificar como quiera mis actos, sin que yo pueda exigirle cuenta de ello. Me refiero al rey, señor Le Normand. ¿Qué más queréis decirme?

Tardó Le Normand unos instantes en contestar. Su voz era helada y no pudo evitar una mueca de agria adustez ni hablar:

—¿Deseáis que informe a Su Majestad de las palabras que acabáis de pronunciar?

—Si tal es vuestro deseo, no veo en ello inconveniente. Tengo por costumbre, Señor Le Normand, hablar tan sólo aquello que siempre estoy dispuesto repetir donde sea y ante quien sea. Pero por



—Sentaos, conde de Ferblanc.

favor, no nos agraviemos mutuamente; procuremos pensar que ambos tenemos que servir al Rey y a nuestra nación, sin tener en cuenta nuestras particulares rencillas.

—No puede existir rencilla entre yo, que soy vuestro jefe, y vos, que sois un subordinado mío. A veces parecéis olvidar esa peculiaridad, conde de Ferblanc.

—Aunque quisiera olvidarlo del todo—y Ferblanc sonrió irónicamente— no lo consigo. Es realísimo el hecho de que vos por delegación del Rey mandáis en mí, y yo pensando en el Rey a vuestras órdenes estoy.

—Abreviemos, señor. ¿Cuántos centinelas teníais en el castillo?

—Los reglamentarios en los actos de ejecución de sentencia de muerte. Tres en cada almena, y uno en la poterna de entrada, que estaba cerrada.

—¿Cómo, pues, fué posible que sin gritos de alarma, esos centinelas se dejasen sorprender?

—Si una bola de trapo rellena de arena diera en vuestra nuca con fuerza, señor Le Normand, no tendríais mucho tiempo para dar la voz de alarma..

—No cayó del cielo esa supuesta bola de trapo arenosa. Alguien debía empuñarla.

—Cierto. Alguien o varios alguien, muy habituados a los ataques por sorpresa. Y mis cien mosqueteros grises... perdón, los que eran mis mosqueteros, ya que no soy gobernador de Vincennes ahora, no pudieron resistir la avalancha de tres centenares de *courtisards*.

—¿Por qué afirmáis con tanta certidumbre que eran *courtisards*?

—Trescientos espadachines no se unen más que en los recovecos de esa “Corte de los Milagros”, que a veces abusa de sus privilegios.

—De noche puede transitarse mejor si los hampones se reúnen en sitio donde se advierte al ciudadano que no pase. Pero volvamos a lo que os quería decir: Su Majestad está profundamente descontenta. Es un escarnio y un baldón para la corona que un mísero pirata español rete el poder real y en vuestras propias barbas se os escape.

—Hago constar que me rasuro a diario, y si el Pirata Negro se escapó, para que tal ocurriera tuvo que existir primero una operación preliminar que parecéis ignorar, señor Le Normand.

—¿Cuál es?

—Simplemente, que yo mismo fui quien le detuvo ayudado por mi ejército secreto, que el pueblo de París llama el ejército de las sombras. Si yo le detuve y llevé al patíbulo, en parte quedo excusado que del patíbulo se evadiera, ya que si allí no le hubiera conducido no habría podido escaparse.

La evidente malicia de la respuesta irritó a Le Normand.

—Más que sofística, vuestra argumentación es impropia de hombre de Estado. Decidme entonces que todas las cocineras de París quedan obligadas a romper todos los platos de la vajilla porque ellas son las que entre la vajilla andan,

—Espero, señor Le Normand, que no pensaréis nombrar gobernador de Vicennes a una cocinera. Y ya que estamos cocinando asuntos de Estado, quiero manifestaros que tengo también en mi bolsillo la dimisión escrita de mi cargo de secretario de orden y seguridad interna, por si el Rey desea prescindir de mis servicios.

Le Normand sólo pudo saborear la mitad del placer anticipado que se prometía.

—Su Majestad os concede una semana de plazo, conde de Ferblanc. En ese tiempo debéis apresar al Pirata Negro.

—¿Sí? ¿No ha pasado por la real mente la feliz idea de que a esas horas el Pirata Negro andará muy lejos de la capital de Francia?

—A vos incumbe la seguridad de que de París sólo se marcha quien en orden está con la ley.

—Ved que un pirata no es un bandido de poca monta, si escapó del cadalso, sabrá escaparse de París.

—Su Majestad ha ordenado extienda carteles ofreciendo una recompensa de mil luises de oro a quien entregue vivo o muerto al Pirata Negro. Espero para redactar el cartel a que me déis una descripción exacta de la fisonomía y aspecto del tal pirata. Aguardad un instante—y mojó Le Normand la pluma en el macizo tintero de oro gigantesco que ornaba su mesa—. Ya conocéis las señales que se usan para esa clase de carteles.

—Podéis escribir—y fué dictando Ferblanc con los ojos cerrados: —"Cabello negro y bigote de fino trazo y mismo color así como pestañas y cejas. Señas que son mudables con tintes y afeites. Señas permanentes: ojos negros, nariz breve y aquilina, frente despejada, labios llenos, barbilla voluntariosa, de mentón hendido. Altura de talla más que mediana, robustez sin corpulencia. Unos treinta y dos años de edad. Porte altivo y andar elástico de hombre acostumbrado a ejercicios violentos. Tez bronceada”.

Cesó de escribir Le Normand.

—Una semana tenéis de plazo para dar con el paradero de este pirata, conde de Ferblanc.

—¿Necesitáis decirme algo más?

—Hoy, por todas las calles de París aparecerá en las paredes ese cartelón junto a otro. Hasta hoy Su Majestad se ha sentido predispuesta a la benevolencia ante vuestros continuos fracasos en dar con la pista del bandido que asola las calles de París, el bandido que el pueblo llama “generoso”. Me refiero al Fantasma Gris.

—¡Ah! ¿Ese aventurero que encubre su verdadera identidad bajo un pañuelo gris que finge una calavera humana?

—Su Majestad me ha ordenado que ofrezca una recompensa

idéntica a la ofrecida para la captura del Pirata Negro. Mil luises de oro.

—Mucho dinero es para sólo dos bandidos, cuando tantos andan por las calles de París.

—Parecéis olvidar que en el lago de Saint-Mandé aparecieron

los cadáveres de Jean de Saint-Mandé y Hortensia, su esposa, estrangulados por el mismo cordón[2] . Un doble crimen que estamos capacitados en atribuir al Pirata Negro o al Fantasma Gris, porque ambos rondaban las cercanías del lugar en que se cometió el doble crimen. Es más; hay quien asegura que el Fantasma Gris y el Pirata Negro son una misma persona.

—Y yo os afirmo, querido señor Le Normand, que eso es un

absurdo. Me consta que el Pirata Negro hallábase en los mares antillanos cuando ya hacía más de un año que operaba en París el Fantasma Gris. Pero volvamos al hecho de nuestra consulta: ¿si antes de una semana no he capturado a esos dos aventureros, cesaré en mi cargo de secretario de seguridad?

—Así es, conde de Ferblanc. Volveréis a ser un ciudadano particular.

—Desde todos los grados de ciudadanía se es francés, señor Le Normand. No obstante, procuraré evitar que las cajas del Real Tesoro paguen dos mil luises de oro, porque es mi deber evitar que nadie traiga vivo o muerto al Pirata Negro y a ese dichoso Fantasma Gris.

—¿Evitar? No os entiendo.

—¿No? Sin embargo, es bien fácil. ¿No me habéis dado en esta consulta un plazo de siete días para que os traiga yo personalmente a esos dos aventureros? Lucharé con desventaja ya que vuestros dos carteles harán surgir multitudes de improvisados sabuesos que creerán ver en sus propias sombras las figuras del Fantasma Gris y del Pirata Negro. Pesan mucho dos mil luises de oro. Es casi la mitad de vuestro sueldo mensual—y poniéndose en pie, el conde de Ferblanc inclinóse levemente, añadiendo: —Tengo el honor de saludaros, señor Le Normand.

Su marcha, en nada disminuyó el ceño adusto del favorito del Rey.

* * *

Thibaut *le Roi* roncaba vigorosamente ofreciendo la

personificación de una conciencia tranquila para la que el sueño no precisaba de comodidades. Dormía arrellanado en su sillón con las piernas extendidas sobre la mesa.

Sus pies tenían por vecindad frascos de vino derribados, y una de sus manos se apoyaba en los restos de un capón bien cebado. Alrededor de la mesa y bajo ella dormían en confusa masa revuelta los haraganes y *ribaudes* libres de trabajo por pertenecer al grupo de reposo que era a la vez el séquito del Rey de la “Corte de los Milagros”.

En los otros rellanos también oíanse ronquidos y gruñidos. Los espadachines descansaban, y las fiestas nocturnas alteraban el orden del calendario. Las dos de la tarde era para la “Corte de los Milagros” la hora de dormir, ya que las bacanales terminaban al amanecer, y sólo a las cuatro de la tarde el estómago reclamaba a los durmientes efectuando funciones de despertador.

Pero Thibaut sabía “dormir con una sola oreja”, y por eso abrió uno de sus ojillos vivaces y grises cuando uno de los mendigos centinelas entonó la melopea de alarma. Thibaut fingió roncar con mayor fuerza que la natural anterior, cuando percibió acercándose a su mesa el conde de Ferblanc, seguido de cuatro mosquetes grises, que espada desenvainada formaron cuadro a espaldas de su jefe.

—¡Despierta, Thibaut *le Roi*!—exclamó autoritario el noble.

—¡Hola, hola!—y sin variar de posición, Thibaut abrió los ojos, masticando ruidosamente, como si tuviera exceso de pastosidad en la boca—. ¿Ensueño o realidad? ¿Son o no son cuatro mosqueteros grises con tenedores de acero limpio? ¿Es o no es el excelentísimo señor conde de Ferblanc el arrogante favorito de las damas aristocráticas y bienolientes? Te saludo, conde, desde las profundidades de mi desvelado reposo. ¿En qué puedo servirte? ¿Un jarro de plebeyo mosto?

Con la zurda, Thibaut arrancó un muslo del capón que le servía de apoyo y mientras sus dientes arrancaban trozos de carne, con la diestra vertióse en su jarro el resto de un frasco derribado. Con la boca llena echó atrás la nuca y vació el jarro. Eructó complacido.

Humbert de Ferblanc le contempló en silencio, sin manifestar impaciencia. Sonreía levemente, aunque sus ojos negros miraban duramente al jefe del hampa parisina.

—Ese bocado y ese “lavadientes” han ahuyentado el sueño. Sí,

tú eres el conde de Ferblanc y honras mis cloacas. Mi corte duerme en merecido descanso. No puedo exigirles el sacrificio de que se despierten para rendirte pleitesía como huésped de honor.

—Ya has hablado bastantes sandeces, Thibaut. Yo no soy ningún burgués curioso que viene a contemplar tu extravagancia. Hay dos carteles ofreciendo mil luises de oro por un tal Fantasma Gris y otro bandido llamado el Pirata Negro. Carteles que inundan las calles de París...

—Arriba nunca voy. Me asquean los espacios donde el aire impera.

—Ayer por la madrugada un rebaño de *courtisards* dirigidos por una quincena de piratas, asaltaron el castillo de Vincennes, la fortaleza real, salvando del patíbulo al Pirata Negro. Por licencia real sigue existiendo la “Corte de los Milagros”. Se os deja que mendiguéis; se os tolera que robéis... pero el Rey no está dispuesto a tolerar que tus *courtissards* asalten fortalezas.

—Dile a tu Rey qué yo tampoco toleraría acción semejante. Si quieres despertaré a todos mis gobernados; ellos te jurarán que nada saben de la fortaleza de Vincennes.

—Con mis propios ojos, Thibaut, vi a tus *courtisards* derribar y maniatar a mis mosqueteros, y liberar a un pirata español.

La sonora carcajada de Thibaut fué un prodigio de campechanía.

—¿Qué se les perdió a mis gobernados en tu fortaleza, conde? ¿Liberar a un pirata español? Francia no mantiene buenas relaciones diplomáticas con España, y yo soy francés y muy patriota.

—Tregua de jocosidades, Thibaut. ¿Tengo, acaso, aspecto de hombre al que vas a engatusar con tus eructos? Eres listo, Thibaut; pero no rebases la medida. Tengo la certeza que tú no ordenarías y ni te interesaría la liberación del pirata. Contesta sólo a una pregunta: ¿quién organizó y acaudilló a los espadachines de tu corte?

—Es tan falso lo que sustentas, como lo que yo voy a decirte. Dama Carnaval viste ropas holgadas y antifaz rojo. Nadie adivinar puede quién es. Una mujer con mucho oro; esa es dama Carnaval. Dama Carnaval bisbisea a quien quiere oírle que ama a un pirata español y el pirata español se escapa de un patíbulo para venir a preguntar quién es Dama Carnaval. El pobrecito pollo no sabe quién

es la Dama Carnaval que le ha salvado. Nadie sabe quién es Dama Carnaval. Ayer cené mucho; ¿fué ayer, anteayer o esta mañanita temprano? Bebí, amé, reí, gocé... Pesadillas, conde. ¿Nunca tuviste pesadillas? Si no quieres tenerlas busca a Dama Carnaval, la del antifaz rojo, y el pie diminuto, la que lleva guantes rojos. Tira oro, desparrama oro, rezuma oro... Cinco mil luises de oro la vi distribuir en poco menos de media hora... Pero—y Thibaut aplicóse una violenta palmada en la frente—¡pobre de mí! Tanto oro... y fué sólo un sueño falso.

Humbert de Ferblanc apoyó sus dos manos enguantadas sobre la mesa. Miró fijamente y con dureza al hampón.

—Tienes siete días, Thibaut, para entregar a los espadachines que asaltaron la fortaleza de Vincennes. Pasado este plazo sin haber cumplido esta orden mía, te vendré a detener... si sigo siendo secretario de seguridad. Adiós, Thibaut.

—Te deseo prosperidad, conde — y Thibaut bostezó desperezándose con un gruñido y extendiendo sus largos brazos separó aún más las piernas que apoyaba encima de la mesa—. Me gustaría tener un sueño que fuera real, conde...

Ferblanc íbase ya con sus mosqueteros, y estaba fuera del alcance del susurro con el que dijo Thibaut:

—...un sueño en el que tú al octavo día a contar de hoy no fueras ya secretario de seguridad. ¡Bah! Quedan aún ocho días... y ahora tengo sueño.

Arrellanóse más cómodamente, reclinando su cabeza sobre la dormida *ribaude* que tenía al lado y segundos después roncaba sin fingimiento.

* * *

Lisa Souza, “la alegría de vivir”, como había sido apodada por los amantes del ballet, era una linda portuguesa adolescente, de dieciocho años encantadores.

Su llegada a París como primera bailarina del Luxemburgo, había suscitado madrigales fervientes de los galantes cortesanos. Pero por su honestidad sin gazmoñería, aún los más depravados galantes abandonaron el sitio que en cerco formaron alrededor de la portuguesita.

Sólo dos persistieron, y el conde de Ferblanc, considerado el mejor esgrimista de la corte declaró tras malherirles en el campo de

duelo, que Lisa Souza por su arte pertenecía a París y que quien osara rondarla con fines deshonestos, tendría primero que apartar la espada que él ofrecía como tutela y salvaguardia de quien por artista y por honrada estaba por encima de todo humano galanteo.

Al principio el "todo París" murmuró cautelosamente, ya que Ferblanc era temido por su bravura e insolencia. Susurrábase que Ferblanc deseaba para sí solo la posesión de la afiligranada belleza cándida de la jovencita bailarina.

Bulli, el italiano maestro y compositor, padrino de Lisa Souza, sabía los motivos de la actitud de Humbert de Ferblanc. Lo que no sabía París y el propio Ferblanc, era que Lisa Souza, en una noche de confidencias de Bulli, había averiguado que la protección del "favorito de las damas" debíase a que Ferblanc era su padre.

Y por una delicadeza de elegante espiritualidad, el propio Ferblanc quería que Lisa continuará ignorando aquel lazo familiar que la hacía hija ilegítima.

Solía Ferblanc acudir a las meriendas en que el goloso y viejo italiano acompañaba a su apadrinada, y cuando aquella tarde entró en el templete del Luxemburgo donde se alojaban ambos artistas, Humbert de Ferblanc acarició cariñosamente la mejilla de su hija; la hija para la que constituía a diario un considerable esfuerzo el fingir ignorar lo que sabía y tener que limitarse a considerar como amable protección de hombre cortés la respetuosa y afectiva actitud de Humbert de Ferblanc.

—Me han dicho, Humbert, que no sois ya gobernador de Vincennes—dijo ella cuando él se hubo sentado y aceptado la taza de chocolate que ella misma le tendió.

—En efecto, Lisa. Y no lo lamento; Carlos Lezama no merecía morir en un patíbulo..., aunque tan sólo fuera por el cariño que te inspiró.

—Pero, ¡fué cuando yo no sabía que era un pirata! Aunque... debo reconocer que sigo teniéndole cariño, porque pudiendo obrar conmigo como pirata me dejó libre... Bulli, ¿queréis llevaros esa bandeja de dulces que tanto os encanta y permitirme hablar a solas con el conde?

El compositor y maestro de baile saludó a Ferblanc y desapareció llevándose, con cuidadoso ademán, la bandeja repleta de dulces.

—¿Sabéis, Humbert, por qué Carlos me raptó y después libre me dejó? ¿No os extrañó esta incongruencia? ¿Arriesgar su vida como lo hizo en las dos ocasiones?

—Carlos Lezama es un carácter que no puedes con tu juventud sin penas, llegar a comprender, Lisa. Si por mi cargo tuve que detenerle, a ti bien puedo confesarte que celebro haya vuelto al mar.

—Y yo también..., porque es un caballero, Humbert. Quizás os ofenderá lo que voy a explicaros: Carlos me raptó porque temía...—y ella se sonrojó al añadir—:...que vos me pretendierais con fines malos. Y me dijo que yo era como una imagen santa. Me dejó libre de marcharme cuando yo... conseguí convencerle que de vos sólo bien puedo esperar.

Humbert de Ferblanc cogió una de las manos de la bailarina y la apoyó contra su mejilla. Sonrió para disimular su íntima emoción.

—Gracias, Lisa. Tú siempre has sido sincera conmigo. Dime, ¿qué clase de atracción experimentabas por Carlos Lezama?

—Está explicado con sólo repetiros lo que él me dijo. Juró que por mí sentía un cariño fraterno, que no veía a la mujer, sino simplemente a la hermana que quiso tener siempre.

—Mejor que así sea, porque Carlos Lezama es un caballero y el hombre más bravo que he conocido..., pero— y Ferblanc rió amistosamente—sería un marido muy duro de manejar por una niña como tú. Y ahora déjame que te haga una consulta, que te parecerá extraña; cuéntame detalladamente lo qué hiciste anteayer, por la noche.

—¿Anteayer? Pero, ¿no recordáis que fué cuando Carlos, tras raptarme como pirata, me liberó como caballero que es?

—Después de tal suceso, ¿qué hiciste?

—Las emociones me habían rendido, Humbert—y ella sonrió gentilmente—. Ved que no tengo costumbre de ser raptada. Bulli, a las tres de la madrugada, quería llamar al médico para que me diera un sedante, pero yo no quise. Le aseguré que bastaría con que él, de vez en cuando, se cerciorase de que yo dormía... Le dije eso porque el buen viejo se pasó la noche en vela y no pude conseguir que se acostase. Cada media hora venía a verme—rió ella con risueña infantilidad—. Y yo hacía ver que dormía, y él, a pasitos muy graciosos, volvía a marcharse.

Ferblanc respiró ampliamente como si acabara de quitarse un peso de encima, algo que le desasosegaba.

—Te extraña mi consulta, ¿verdad, Lisa? Es que hay una dama Carnaval a la que me interesa conocer. Una dama que, cubierta por antifaz rojo, fué la que organizó y pagó el rescate de Carlos Lezama. Repito que como hombre celebro la huida de Lezama, pero como servidor del rey debo informar a mi jefe, Le Normand...

Lisa Souza rió con cristalina alegría.

—¿Creísteis que era yo la Dama Carnaval?.. ¡Oh, Humbert!, ¡no recordáis que yo tan sólo supe que Carlos subió al cadalso en el mismo momento en que me contaron su escapatoria de vuestras afiladísimas garras de malísimo tigre?

—Creo en tu sinceridad, Lisa. Pero investigarán y yo quiero garantizar que tú nada tienes que ver con la Dama Carnaval. Júrame, por lo que más quieras, que en nada interviniste en la evasión de Carlos Lezama.

—No intervine porque no lo sabía... o sino, os juro, Humbert, que sin necesidad de antifaz hubiera acompañado a esa dama Carnaval que desde este mismo instante bendigo por haber salvado a Carlos.

Lisa Souza contempló con maliciosa expresión a Ferblanc.

—¿Que os jure por lo que más quiero...? y su voz tembló ligeramente al añadir—: ¡Por Bulli y por vos..., juro que no soy dama Carnaval!

Humbert de Ferblanc sonrió afectuosamente.

—Bien, bien, aduladora. Ahora, veamos: tengo entendido que viene mucho por aquí él vizconde de Luynes... ¡Ah, ah! Hay rosas en tus mejillas.

—No..., no penséis mal de él, Humbert. Quiere..., quiere casarse conmigo.

Humbert de Ferblanc, pese a toda su impasibilidad, no pudo impedirse un visible respingo de asombro.

—Muy guardado teníais ese secreto, mi linda niña reservona. Aclaradme prontamente por qué hasta hoy no me habéis hablado de este pretendiente. ¿No sabéis que con esta reserva me habéis herido? Era para mí una grata ilusión creer que confiabais plenamente en mí... como en un padre.

—¡Y como a un padre, os quiero y respeto ¡—exclamó ella

impulsivamente, para añadir con risueña dulzura maliciosa—: Y si no dais vuestra aprobación, no… no alentaré al vizconde de Luynes.

Humbert de Ferblanc cogió entre las suyas las dos manos de Lisa Souza.

—¿Confesión tenemos? Con estas últimas palabras has confesado que no te disgusta ni mucho menos el imberbe joven cito.

—Es guapo y es bueno—dijo ella, ocultando el rostro en el hombro de Ferblanc, que, dominando su impulso paternal, limitóse a acariciarle el sedoso cabello—. Me dice cosas bonitas y me quedo triste cuando no lo veo.

—Cosas esas, que, si mal no me engaño, significan amor, niña. Y pagado estoy para saberlo, porque viejo soy. Pero, veamos—y levantó suavemente la satinada barbilla de la adolescente —espero que a él nada le habrás dicho de esas cosas. ¿O le has dicho que era guapo?

Ella acompañó en la risa a Humbert de Ferblanc.

—Vos lo sois y nunca os lo he dicho. También lo era Carlos y no se lo dije. Cuando quiero, soy discreta.

—Arte de mujer. Para mí el jovencito Luynes tiene una gran cualidad: detesta el ambiente de la Corte, con lo cual demuestra su predilección por la vida sincera. Es rico y de noble casa. Escucha, Lisa: dame siete días de prueba. Quiero conocer a fondo al vizconde de Luynes; quiero cerciorarme de que es el hombre digno de ser tu marido.

—Ved de no ser excesivamente riguroso, pa…drino. Os quiero llamar así, ya que para mí os comportáis como el mejor de los tutores. Hugues de Luynes prefiere la compañía de los estudiantes a la de los cortesanos, y si frecuenta el “Quartier Latin”, no por eso debéis enjuiciarle mal. Yo os aseguro que tiene buen corazón… y que sólo yo cuento para él.

—Esto último no lo dudo, mi niña. De lo demás, personalmente quiero ser juez. Los estudiantes de París son gentes alegres y de buen ánimo, pero entre ellos hay mucho aventurero, y un temple joven puede malearse en el “Quartier Latin”. Procuraré estudiar a Hugues de Luynes en el barrio de los estudiantes.

CAPITULO IV

"**Quartier Latín**"

En el corazón del “Quartier Latin”, en la confluencia de las callejuelas de la Harpe y Le Chat Qui Peche, dos grandes cartelones acababan de ser encolados contra la pared.

Varios estudiantes, reconocibles a su gran boina de terciopelo negro, leyeron el texto de la recompensa de mil luises ofrecida para la captura del Fantasma Gris, vivo o muerto. El otro texto decía lo mismo, variando en la descripción del Pirata Negro. En ambos se acusaba a los dos perseguidos del doble asesinato de Jean y Hortensia de Saint-Mandé.

—Mil luises de oro—dijo reflexivamente uno de los estudiantes, mesándose la gran barba rubia en abanico. —¿Qué es un luis de oro? ¿Qué color tiene el oro? Mi patrona dice que amarillo; mi tabernero dudo que lo sepa.

—Me asalta una magnífica idea— comentó otro—. Nadie conoce el rostro del Fantasma Gris. Echemos a suertes, y el que pierda, se sacrifica por los demás y nos repartimos los mil reyes...

Entre risas alejáronse, y fueron muchos los que, pasando ante los carteles, leían e intercambiaban comentarios en tono de broma. El “Quartier Latin” era pobre y dos mil luises de oro constituían una fortuna; pero los estudiantes, pintores y poetas, escupían al suelo despreciativamente. ¿Eran acaso asalariados de Ferblanc la gente libre de la Sorbona?

La zona de la ribera izquierda del Sena, desde el Pont Saint-Michel hasta el Luxemburgo, era considerada bajo el nombre de “Quartier Latin”, como el núcleo que, agrupándose a la sombra del colegio de la Sorbona, constituía la libre región de la grey estudiantil y bohemia. Las frecuentes controversias dirimíanse en

las esquinas, que facilitaban así la huida de los duelistas si el "*guet*", por azar, se aventuraba por aquellas callejuelas.

Pero el "*guet*" estimaba que París era muy grande, y que tanto el barrio de Saint-Dennis, donde reinaba Thibaut, y el "Quartier Latin", donde imperaba la temeraria juventud bohemia, eran regiones que más valía ignorar en sus rondas nocturnas.

Un apuesto y elegante joven leía con interés los dos carteles encolados en la calle de la Huchette, entre las dos escaleras que descendían a los *caveaux* o bodegones estudiantiles.

La buena calidad de su ropa y la enjoyada empuñadura de su espada denotaban, a la vez que su aseada compostura, que Hugues de Luynes iba al "Quartier Latin" por afición y no por necesidad imperativa de forjarse una carrera.

Apoyado el puño izquierdo en su cadera, leía con parsimonia, cuando junto a él se detuvieron un enmascarado y un guitarrista, que terciado al hombro el instrumento de cuerda, deletreó con dificultad, y letra por letra, el cartelón referente a la captura del Pirata Negro. Veíase que no conocía el idioma francés.

El enmascarado rió brevemente en seca carcajada... y el vizconde de Luynes pestañeó. Conocía aquella manera peculiar de reír.

Los dos desconocidos torcieron la esquina, entrando poco después en la célebre calle del Fouarre. Tras ellos andaba el vizconde de Luynes, que al llegar el enmascarado a la altura de las escaleras de un *caveau*, se anticipó al paso de ellos, colocándose frente al enmascarado, cortándole el camino.

—Perdonad, señor—dijo cortésmente Luynes—. Desearía tener unas palabras con vos.

—Ya las tenéis, puesto que habéis hablado—replicó el enmascarado.

—Os ruego me concedáis unas palabras a solas—insistió Luynes.

El enmascarado contempló, a través de los agujeros de su negro antifaz, la apariencia gallarda del imberbe y elegante joven, que no tendría más allá de los veintidós años. Era alto y bien proporcionado.

—A solas estamos. Los paseantes no se detienen a oírnos, y, en cuanto al guitarrero que me acompaña, no tiene noción de la parla francesa. Hablad, pues, que prisa tengo.

—Ese *caveau* que aquí a nuestro lado está, me pertenece. En él me distraigo a veces invitando a estudiantes y bohemios cuando el humor me lo pide. ¿Tendríais inconveniente en acompañarme? Hay mesas y sillas, y vino.

—No me apetecen ni las mesas ni las sillas, ni estoy sediento. Dejadme proseguir mi camino, ya que no tengo el honor, ni deseo tenerlo, de conoceros.

—Yo os conozco, señor. La máscara está permitida en carnaval, pero hay carcajadas que cuando se oyen una sola vez en determinadas circunstancias, no pueden olvidarse. Permitidme que os cite el lago de Saint-Mandé y una cierta danza pirata que no llegó a realizarse. Yo estaba entre los espectadores y tuve que seguir a la desbandada general, porque de por medio estaba en peligro la vida de Lisa Souza.

—Bien, joven caballero; vuestro recordatorio me ha dado un repentino interés en visitar vuestro *caveau*. Os quedaré agradecido si me enseñáis el camino.

Hugues de Luynes empezó a descender las escaleras, mientras el enmascarado, volviéndose hacia el guitarrista, le dijo rápidamente en español:

—Queda vigilante. Avisa si alguien se dispone a entrar.

El *caveau* era un oblongo cuarto de abovedado techo bajo. Tenía un espacio de veinte metros de largo por unos ocho de ancho. El enmascarado cerró la puerta de entrada a sus espaldas y apoyase en ella, cruzando los brazos en indolente postura.

—Os vi leer el cartelón en que ofrecen recompensa por vuestra captura, señor Carlos Lezama—habló el vizconde—. Al oíros reír os reconocí y os he seguido.

El enmascarado descruzó ligeramente los brazos, para con el índice y el pulgar de la diestra hacer resbalar el cordón del antifaz, que quedó colgando de su oreja. El Pirata Negro sonrió sarcásticamente.

—Vestís muy ricamente para que se pudiera suponer que os hagan tanta falta mis luises de oro. Es cantidad no despreciable, pero, creedme, valgo muchísimo más dinero, amigo.

—Os equivocáis, señor Lezama. Ni soy delator ni necesito dinero. Soy el vizconde Hugues de Luynes y Lisa Souza me ha hablado muy bien de vuestra caballerosidad…, que, permitidme

deciros, al principio me chocó en quien profesión de pirata tiene. No os seguí más que con una finalidad. ¿No queréis sentaros?

—No veo inconveniente, si vos primero lo hacéis, caballero.

Sentados el uno frente al otro, Hugues de Luynes deshizo el tahalí de su espada, colocándola con la vaina sobre la mesa, entreambos.

—Tendré que hacer un poco de historia, señor Lezama. Me reputan algo original, porque no vivo de acuerdo con muchos convencionalismos. Excusadme la inmodestia si os digo que, por mi cuna y riqueza, podría casarme con dama de la Corte, rica y noble. Pero amo a Lisa Souza.

—¿Sí? Ya que en vena de confidencias estáis, sin que yo os las pida, ¿puedo preguntaros si ella os corresponde?

—No se ha negado a mi respetuosa solicitud de que me conceda su mano cuando me juzgue digno de ella—dijo con sincera modestia el vizconde.

Carlos Lezama miró con simpatía repentina al hombre que tan correctamente hablaba de Lisa Souza, la que era su hermana natural hecho sólo conocido por Lezama.

—Habláis, al parecer, como hombre caballeroso, vizconde de Luynes. Pero, decidme, ¿a qué viene que me expongáis algo imprudentemente mi identidad, y de Lisa Souza me habléis? Nadie sabe aparte vos, que yo sigo en París

—Ni nadie por mí lo sabrá. De vos sólo deseo una cosa, señor Lezama: unas lecciones de esgrima.



—*Pero amo a Lisa Sousa...*

—¿Eh?—y el Pirata Negro, echando atrás la cabeza, rió alegremente—. ¡Voto al diablo! Sois ameno chancero, vizconde; ¿me perseguís, me confesáis saber quién soy, estando mi cabeza de pirata a precio, me halagáis tomándome por testigo de vuestras confidencias... todo a cambio de unas lecciones de esgrima? No os comprendo, pero, en fin, me jacto de reconocer el animal humano y vos me parecéis un honesto cachorro de león. Dos espadas tenemos, y a riesgo de que por fanfarrón me toméis, os diré que puedo daros clase de las estocadas que elijáis, a punta desnuda.

Carlos Lezama púsose en pie, quitándose la capa, y desenvainó, aguardando, con sonrisa irónica, a que el original recién conocido se colocara frente a él, espada en mano.

—Bien; podéis ya atacar, señor Luynes. Necesito tantear vuestra hoja y saber cuáles son vuestras habilidades.

El vizconde, con precauciones para no herir a su antagonista,

fintó hábilmente, trabó y fué lanzando los golpes y contragolpes clásicos y sencillos de la más elemental escuela de esgrima.

De pronto, empezó a retroceder ante una sucesiva serie de estocadas difíciles que Carlos Lezama, prodigándolas con fuerza, acompañaba de avisos.

—¡Parad en sexta! ¡Cuidado, terciad al flanco! ¡Atención al

muslo derecho! No sois mala espada, Luynes, pero es como vos: joven e inexperta. ¡Trabad a tercia! Un milímetro más y os corto el hombro… Ved cuán imprudente sois. Pedirme lección de espada,

tras revelarme que conocéis quién soy y andando un pegote de papel valorándome en mil luises. ¡Alzad la guarda! ¿No comprendisteis que un pirata no gusta de saberse perseguido y reconocido? ¿No os dais cuenta que ahora os puedo enmudecer “per in aeternum”?

Hugues de Luynes, sudoroso y jadeante, perlada la frente de minúsculas gotitas de sudor, encontróse acorralado contra la pared del fondo de la cueva, y su brazo tuvo que imitar el aspa de un molino para ir ahuyentando la hoja del acero enemigo, que semejaba un relámpago circular.

—Lisa… enfadóse al llamarte yo pirata…—resopló animoso, defendiéndose del aluvión de estocadas—. Me dijo… eras un genial aventurero caballeroso.,. Por eso yo…, tontamente, he caído en trampa…

Agilmente, el Pirata Negro dió un salto hacia atrás y descendió la espada que apoyó en la punta de su bota. Rió.

—Terminó la lección, Hugues de Luynes. Las damitas como Lisa Souza nunca mienten. Pero si veo ante mí a un original imprudente, me molesta que compitan en este terreno conmigo, y me gusta ver cómo reaccionan ante mis lecciones. Veo que si os faltan aún varias clases de esgrima, sois joven valiente. Limpiaos tranquilamente el sudor y excusadme la broma algo pesada.., ¿cómo diría yo?.., algo piratesca.

El hondo suspiro de alivio de Hugues de Luynes fué elocuentísimo. Sacando un pañuelo de su jubón envainó la espada y dejóse caer sentado en un escabel, aplicándose toques del fino lienzo en la frente y mejillas, hasta que, seco el sudor y normal la respiración, sonrió algo cohibido.

—Creedme que, por unos instantes, señor Lezama, me asaltó el olfato un fuerte olor a cadaverina. Mi olor, porque tenéis cierto brillo en los ojos cuando… actuáis en broma piratesca…, que nada tiene de tranquilizador.

—¿Podéis explicarme la razón de vuestra incongruencia? ¿Qué pretendíais al pedirme lección de esgrima?

—Hay en París un caballero que es considerado la primera

espada de la capital. Muchos le odian, y cuantos le han retado a duelo, han mordido el polvo de la última derrota. Yo no le odio, pero deseo prepararme, porque es casi seguro que tendré que enfrentarme con él, espada en mano. Hace unos días, dicho caballero apareció con la mano vendada, y el recientemente difunto Jean de Saint— Mandé hizo correr la voz de que un maestro español de esgrima, llamado Carlos Lezama, había sido quien, no sólo le había desarmado y herido, sino también jugado con él espada en mano. Vuestro nombre adquirió gran resonancia. Cuantos envidian al conde de Ferblanc sintiéronle satisfechos de que un español, esgrimista hubiera derrotado al “favorito de las damas”.

—¡Ah!—y el Pirata Negro arqueó las cejas sardónicamente—. Voy comprendiendo. Vos deseáis que os enseñe alguna estocada mortal para desembarazaros del conde de Ferblanc.

—Ved lo que os digo. Muchos cortesanos, si supieran que estáis aquí, vendrían a pediros lección con tal de poder matar a Ferblanc. Olvidarían que sois el Pirata Negro y sólo vendrían a buscar al maestro español de esgrima Carlos Lezama, que consiguió burlarse, espada en mano, de Ferblanc.

—Comprendo. Y vos deseáis matar a Ferblanc, retándole a duelo, una vez os asesore de alguna estocada especial.

—No es precisamente que yo tenga animadversión contra Ferblanc. Se trata de algo distinto y ajeno a mi voluntad: Ferblanc no quiere que nadie ronde a Lisa Souza. Los motivos los ignoro, y cierro mis oídos a calumniosas versiones de cortesanos chismosos, que aborrezco. Para mí, no por Ferblanc, sino por Lisa, sé que ella está en un altar donde la baba de reptiles no llega.

Carlos Lezama sonrió y, de nuevo, sus ojos perdieron el brillo de dureza para mirar con renovada simpatía a Hugues de Luynes.

—Pero—prosiguió el vizconde—, un día u otro Ferblanc quizá quiera hacerme correr la misma suerte que otros dos pretendientes de Lisa, que murieron en el campo de duelo. Advirtió que tomaba a su cargo la protección de Lisa porque ella no pertenecía a nadie, porque a París pertenecía. Y, francamente, yo quiero morir de vejez junto a los hijos que Lisa pueda dar a la casa de Luynes. O sea, que si Ferblanc me invita al campo de honor, ¿no creéis que hago bien en solicitar vuestras lecciones?

El Pirata Negro no quería revelar que Ferblanc era padre de Lisa

Souza, con lo que además de descorrer el velo que encubría la ilegitimidad del nacimiento de él mismo y de la portuguesa, ponía en evidencia la confesión que, en trance apurado, Lisa Souza le hizo.

—Dispuesto estoy a poneros en condiciones de defenderos, Luynes. Pero escuchadme: tiempo hay. Yo tengo que permanecer en París por razones especiales. Si en el intervalo Ferblanc os retase, alargad el plazo que yo gustosamente os serviría. De momento, mi único objetivo es lograr hallar un seguro refugio.

—El “Quartier Latin” os ofrece la mayor de las seguridades—y Luynes, de pronto, lanzó una exclamación—: ¡*Eureka*!, como dicen los estudiantes de Química. Disponed de ese *caveau*. ¿Veis aquella puertecita del fondo? Da a la calle de la Harpe. Dos salidas, que, con una guardada, en caso de alarma os dan pronto escape. Y no creáis en generosidad por mi parte: si aquí quedarais, sabría dónde encontraros en caso de que Ferblanc me retase a duelo. ¿Aceptáis?

El Pirata Negro aproximóse a la mesa y sirvióse una copa de Anjou, que bebió a sorbos. Al fin, dejó la copa. Una luz de diversión alentaba en sus ojos.

—Acepto y os doy las gracias, señor de Luynes. Pero antes quisiera consultaros dos cosas. La primera, es mi presunción la que la dicta: ¿creéis posible que una dama de la Corte, por curiosidad, por extravagancia y amparada en el Carnaval, reparta oro para salvar a un pirata del patíbulo?

—Muy posible lo creo. Las damas se aburren mucho en la Corte y andan siempre a la busca de sensaciones inéditas.

—Segunda pregunta: ¿algunos de los enemigos de Ferblanc estarían dispuestos, si supieran mi refugio, a aprender alguna estocada para pasaportar al conde?

—Vendrían galopando..., pero es muy arriesgado, señor Lezama. Podrían algunos venir con este pretexto... haciéndose acompañar de Ferblanc y sus mosqueteros grises.

—¿No tiene dos puertas vuestro vuestro *caveau*? Además, el riesgo es mi manjar predilecto y tengo que permanecer en París hasta que averigüe quién es la dama que bajo un antifaz rojo me valoró en más cantidad que el propio Rey de Francia, porque éste sólo concede con cicatería mil luises de oro por una cabeza que dicha dama enmascarada subastó en cinco mil, robándosela al

verdugo. Y soy así, señor de Luynes; considero que mi cabeza no se la doy al Rey de Francia, pero sí la tengo que ofrecer a quien pertenece: a la dama Carnaval, la enmascarada de rojo. Yo creo que si a cortesano enemigo de Ferblanc confiarais que yo estoy dispuesto a darle clases de esgrima, tarde o temprano, la dama enmascarada por aquí aparecería.

—Si..., pero, ¿y el ejército de las sombras de Ferblanc? ¿Y sus mosqueteros grises? ¿Y vuestra cabeza a precio?

—No puedo disponer de lo que no me pertenece—y riendo añadió el Pirata Negro—. Mi cabeza es propiedad exclusiva de la dama enmascarada.

Hugues de Luynes encogióse de hombros y bebió dos copas seguidas.

—Allá vos, señor Lezama. A cambio de vuestras futuras lecciones, dispuesto estoy a complaceros. Pronto, varios caballeros sabrán que el capitán de armas señor Carlos Lezama está en mi *caveau*.

—¿No os parará perjuicio?

—No puedo evitar que en este local deshabitado, cuando yo no estoy reunido con estudiantes, vengan, no sólo el Pirata Negro, sino también el Fantasma Gris, si tal es deseo de ambos.

—Excelente y tomada defensa, señor de Luynes. Y ahora, permitidme un consejo: decidle a Lisa que os disponéis a tomar lecciones de esgrima, sin citar mi nombre, para defenderos de un posible ataque de Ferblanc.

—No puedo. Ella anticipóse a mis pensamientos y me quiso obligar a prometer que si Ferblanc me retaba, yo tenía que elegir entre ella o portarme para los demás cobardemente, negándome a batirme con Ferblanc. Y en este litigio estriba la única sombra de nuestra mutua inclinación. Yo no puedo portarme como un cobarde, y en cambio, sé que si acepto el reto de Ferblanc, ella no me lo perdonará. Tiene por “el favorito de las damas” el mismo aprecio y afecto..., que sé yo..., el mismo cariño que le tiene a su padrino Bulli. En fin, confío en vos..., y si alguno de los cortesanos, seguro de vuestras lecciones, reta a Ferblanc..., que Dios me perdone, ya que yo no odio a Ferblanc, pero no me disgustaría que le enterraran, y así nada tendría que reprocharme Lisa.

El Pirata Negro estrechó la mano del vizconde al éste dirigirse a

la puerta.

—Procuraré, señor de Luynes, contentar a todo el mundo, y, principalmente a mí. Dar clases a quien quiera matar a Ferblanc; evitar que vos tengáis que hacerlo y evitar que Lisa riña con vos. Buenas tardes, y quedo vuestro rendido servidor.

Ido Luynes, Lezama, en voz alta, añadió:

—Y tú, Humbert de Ferblanc, no puedes morir… porque yo no lo quiero mientras vida me quede.

CAPITULO V

Un baile accidentado

Si el Carnaval en París era fiesta de locura, el Carnaval en el "Quartier Latin" era la apoteosis de la desenfrenada mascarada, que congregábase en los altos salones del "Bullier", el café de los estudiantes de Artes.

Contagiado por la circundante alegría, "Piernas Largas", sentado en el poyete de entrada a las escaleras del *caveau* de Hugues de Luynes, y abrazando amorosamente su inseparable guitarra, rasgueaba afinadamente en "cante hondo", lanzando de vez en cuando coplas airosas, que mezclábanse al bullicioso griterío de las máscaras que pasaban por la calle.

Iniciaba el andaluz la letrilla de un cantar que proclamaba la sin par excelencia del "vino de Montilla saboreado cuando los jazmines y los nardos entran a la vez por los pulmones'', cuando se detuvo en seco, interrumpiendo la copla.

—I Señor!—gritó hacia el *caveau*—. ¡Ella!

Una carroza abierta acercábase al paso lento y majestuoso de sus caballos empenachados de rojo. En el diván tapizado de azul de la suntuosa carroza había tan sólo una persona: una mujer con largo antifaz rojo, que cubría totalmente su rostro desde la frente hasta el vuelo de encajes que caía sobre el escote.

Apoyaba las dos manos enguantadas hasta el codo en terciopelo rojo, encima de los soportes laterales de la carroza, y ladeaba la cabeza como si mirase hacia el *caveau*, por donde, junto a "Piernas Largas", acababa de aparecer Carlos Lezama.

—Es ella, señor—susurró el andaluz—. La misma peluca, el mismo antifaz y los cubremanos. El vestido también, sólo que hoy no le flota y...

“Piernas Largas” se calló, porque ya el Pirata Negro andaba por la acera en pos de la carroza, en la que la reclinada enmascarada volvía la cabeza como invitándole a proseguir.

La carroza se detuvo ante el gran pórtico del salón “Bullier”; antes que el lacayo descendiera, Lezama, con el pie abatió la plegable escalerita que permitía el descenso, y enarcando el brazo derecho lo presentó a la enmascarada.

—Carnaval concede muchas prerrogativas, señora—dijo en español el Pirata Negro—. Honradme aceptándome de *chevalier servant*.

Ella, con un pie en el estribo, apoyó su mano enguantada de rojo en el antebrazo de Carlos Lezama. Su voz opaca a través del velo de los encajen replicó en excelente español:

—Lleváis antifaz, caballero, y nada de peligroso tiene, pues, que dos máscaras más entren en el “Bullier”. A solas, quizás no me hubiera atrevido a entrar; es por vez primera que vengo a esos lugares, aunque cerca de aquí resido.

Alta y esbelta, la tela del corpiño moldeaba un busto estatuario, y la ancha falda de sedosa caída dejaba entrever, al andar, un diminuto pie bien calzado en rojo chapín.

—Mostráis predilección por el color de la sangre, señora—dijo Lezama, mientras se franqueaban paso por entre la torbellinesca amalgama de bailarines y coros que, en ronda, ocupaban todo el espacio de los amplios sillones del “Bullier”—. El tiro de vuestra carroza luce como divisa penachos de vivo carmesí.

—Amante soy de lo violento, de lo inesperado, de todo aquello que enciende las venas y acelera los latidos del corazón. Vivir intensamente…

Al subir las escaleras que conducían a los salones altos, una serpiente humana de disfrazados, enlazándose por las manos, bajó en ondulante cascada, que separó por unos instantes a Carlos Lezama de la desconocida.

En una salita que daba a la balconada de la calle, encontróla por fin, reclinada en un ancho diván. En contraste con el resto del famoso centro de reunión de los estudiantes de Arles, aquella salita estaba desierta, aunque llegaban a ella las exclamaciones de los bailarines y los acordes de la música.

—Tratad de no formar mal concepto de mí, por el hecho de sin

conoceros haber aceptado vuestra compañía, pero hay algo extraño que no acierto a comprender: ¿cómo es que sin conocerme supisteis que yo era española?

—Pocas noches ha que comprasteis mi cabeza, señora—dijo el Pirata Negro sentándose cerca de ella y quitándose el antifaz, que quedó colgado sobre su pecho.

Oyóse una tenue risa que brotaba de los rojos encajes.

—¿Chanza de carnaval, señor? ¿Qué inconcebible mercado es ese en que puede adquirirse la cabeza de un hombre?

—Es mercado erigido sobre las gradas de un cadalso.

—Fúnebre lugar al que nunca he podido llegar. ¿Qué precio debe pagarse para poder asistir a una ejecución?

—Para impedirla, vos pagasteis cinco veces la cantidad que el propio buen Bey de Francia ha ofrecido para realizarla.

—Cuanto más os miro... más me gustáis, pero menos os comprendo.

—Dejadme admiraros, y trataré de comprender por qué razón intervinisteis en lo que iba a ser el epílogo de mi vida. Por la silueta enamoráis; dejadme tan sólo entrever si también en vuestros labios se plasma el color de vuestra divisa.

La enmascarada alzó lentamente el amplio vuelo de encajes, que colocó encima su peluca blanca, doblando la tupidez del terciopelo que cubría sus ojos y frente.

La mate blancura de su garganta y de la parte inferior de su rostro hacía resaltar la rojez restallante como herida sangrienta de sus labios carnosos, entreabiertos en sonrisa provocadora. Un cutis terso y juvenil..., pero no era Lisa Souza.

Aproximóse más el Pirata Negro, hasta que los dos rostros estuvieron casi juntos. Ella retrocedió ligeramente las espaldas, riendo.

—¿Por qué me examináis de tan cerca? Vuestra vista nada tiene de fatigada. Cuanto más os miro... más me recordáis una descripción que aparece en cartelones repartidos profusamente por todas las esquinas. Debo deciros que ha de resultar halagador para vos saber que cuantas damas han leído esta descripción, aseguran que encarna el ideal masculino..., y muchas suspiran, temiendo y deseando que el pirata descrito asalte sus alcobas.

—¿Lleváis mucho tiempo en París, señora?—preguntó

burlonamente Lezama.

—Más de diez años hace que abandoné Sevilla, para casarme y enviudar. ¿A qué obedece esta pregunta?

—Si de Sevilla tenéis el encanto, de la parisina habéis heredado la frívola conversación. Pero, puesto que mi cabeza os pertenece, no debo reprocharos que habléis como frívola parisina.

—¿Vuestra cabeza me pertenece? ¿Me tomáis por el verdugo, señor Lezama?

—Me place que hayáis abandonado la ficción de no querer reconocerme. Pero os confieso que me aturde vuestra actitud.

—¿Un pirata aturdido ante indefensa mujer?

—Siempre he sido ferviente discípulo de la cortés escuela galante, pero tengo que deciros algo incongruente y por lo que os pido de antemano excusas. ¿Me salvasteis del patíbulo por mero capricho de dama adinerada que añadir quiso a sus sensaciones la mascarada de un bandido buscándola por París?

—Quizás. No me negaréis que una cabeza puesta a precio, tiene mucho más valor que la de un insulso cortesano. ¿No os dije que gustaba de las emociones fuertes?

—¿Cómo inicio, os place ésta?

Y con rápido ademán, el Pirata Negro enlazó por el talle a la desconocida, aplastando bajo los suyos los rojos labios femeninos. Intimamente decepcionado, sin explicarse las causas, comprobó que su ardiente beso era devuelto amablemente.

—Estamos ya menos distanciados, mi dama—dijo separándose de ella—. Vuestros ojos son negros y hay sabor de almizcle en vuestros labios. ¿Para qué conserváis aún la máscara? Siempre os he de reconocer ya; bastará que de nuevo os bese…

—Hubiera sido una lástima que os decapitasen—y su risa de coqueta procacidad molestó al Pirata Negro.

—Es curioso, señora, que teniendo que manifestaros agradecimiento, os declare que en nombre de la independencia que tenemos todos para ser libres de morir, estime que me ofendisteis al arrebatarme al verdugo, derrochando vuestros luises, para… convertiros en mi verduga.

—Tuve barruntos de que erais insolente, y a veces nos place la descortesía de un desagradecido cuando éste es un vulgar pirata…, pero que besa maravillosamente.

—A veces muerdo, señora, si vulgar pirata me consideran. No, no reculéis mi dama. Cinco mil luises pagasteis por oírme; cinco mil luises os devolveré, robándolos si es preciso. Y quedaré en deuda con vos, porque, aunque en París permaneciera años y años, no podría devolveros el favor que pensasteis hacerme al ordenar que de Vincennes me liberaran. Damas como vos nunca hallan verdugo.

—En metafórica expresión, sí podría hallarlo... en hombre que supiera producirme la suficiente emoción, que me arrebatara al aburrimiento de un cotidiano vivir ausente de aventura, que no sea la banal qua París y sus cortesanos puedan ofrecerme. Perdonad—y púsose ella en pie—, entre los ruidosos componentes del “rondó’ que serpentea por la sala vecina, he visto a alguien a quien quisiera hablar. ¿Teméis acaso que, molesta por vuestra insolencia levemente descortés, os delate?

El Pirata Negro, en pie también, saludó con mueca irónica,

—¿Os tengo que repetir que os debo cinco mi1 luises de carne pirata? Metafóricamente..., a vos estoy encadenado y de mí disponéis.

Marchóse ella, entrando en la vecina sala, mientras sentándose de nuevo Carlos Lezama sonreía con disgusto.

—Imaginaciones románticas — dijo en alta voz— fueron las que pudieron hacerte creer creer que un impulso noble guiaba los pasos de Dama Carnaval. Qué podías esperar de un carnaval? Eso; una coqueta sin sesos, una aristócrata caprichosa, para la que cinco mil luises nada representan... Bajo la peluca he visto rizos de un negro endrino, y dice ser sevillana. Su español es sin tacha... si su moralidad no lo es.

Levantóse al entrar de nuevo la enmascarada, que fué a sentarse en el mismo lugar de antes. Había dejado caer su velo de encajes.

—¿Visteis ya a otra más de vuestras víctimas? Quiero presentaros mis excusas; he sido absurdo y descortés, porque era lógico que vos no esperabais encontrar en un vulgar pirata, románticas predisposiciones al sentimentalismo. Os reiréis si os digo que esperaba haber sido salvado de la muerte que poco me importaba, por un motivo más poético que un simple capricho de dama aburrida.

—Más romántico y más poético que el| motivo que os salvó no lo existe en el mundo.

—¿Si?..—y el Pirata Negro estalló en breve carcajada sarcástica —. ¿Es para vos romántico y poético juntar los labios de morena sevillana con los fementidos de un bandido que los tiene a precio?

Y al terminar de hablar enlazó por la cintura a la enmascarada, buscando con la otra mano alzar el velo de encajes. Sonó tenuemente el débil pero enérgico bofetón que la mano femenina enguantada en rojo hasta el codo propinó en su mejilla, mientras la enmascarada forcejeaba para liberarse.

El Pirata Negro separóse, y riendo, acariciose la mejilla.

—¿Entra en vuestra busca de emociones mi dama caprichosa, negar ahora lo que voluntariamente antes me disteis? Mi dueña sois..., pero os suplico prestéis atención. No me gusta que me crucen la cara por simple capricho.

—¡Grosero sois! ¿Y español nacisteis? Quien robar quiere un beso debe atenerse a las consecuencias, y es impropia de caballeros vuestra última frase.

Perplejo ante el acento de sinceridad de la voz opaca. Carlos Lezama cruzóse de brazos, levemente irritado.

—Dispuesto estoy a serviros de distracción, señora, pero intentemos ponernos de acuerdo. Vuestros bruscos cambios de temple ni el mismo mar con toda su locura genial los ofrece, que siempre las olas tienen un ritmo y nunca la galerna chilla a pocos segundos de la calma chicha. Ved que ya es suficiente castigo para mí, verme obligado a, de pirata libre, convertirme en falderillo sumiso.

La enmascarada, con lento ademán, levantó el velo de encajes repitiendo su gesto anterior. A corta distancia, Lezama parpadeó sintiendo una repentina desazón.

El óvalo inferior del rostro femenino que ahora veía a medias, era más afilado que el entrevisto anteriormente. Los labios eran también menos sensuales, más juveniles... y bajo la blanca peluca percibíanse hebras de un sedoso color castaño.

Acercóse más al rostro, que retrocedió, aunque no lo suficientemente pronto, para que el Pirata Negro no atisbara la parda coloración de las pupilas veladas por el doble encaje.

Levantóse Carlos Lezama y, despaciosamente, recorrió con la mirada el atuendo de la enmascarada. Idénticamente iguales eran los guantes, el corte del vestido, del rojo chapín, del gran antifaz...

—¿Carnaval nubló mi entendimiento?—musitó—. ¡Vos no sois la sevillana!

—Sevillana soy y en la Macarena nací.

—¿Qué juego es ese? Perdonad mi rudeza; si sólo una cabeza poseo, a dos damas no puedo deberla a la vez. ¿Es coincidencia de disfraz? Pero incomprensible es tal exactitud en el vestido y en el color. ¿Sabéis quién soy?

—Carlos Lezama, el Pirata Negro, que hace unas noches estaba arrodillado bajo el hacha de un verdugo.

—¡Diablos! Perdón... ¿Quién era, pues, la dama anterior que como vos viste y también sevillana es?

—No sé a quién os referís... aunque...

Y lo que ocurrió fué tan inesperado, que por unos instantes el Pirata Negro quedose inmóvil. La segunda enmascarada, levantándose con agilidad de niña que juega, atravesó corriendo la salita y entró en la habitación vecina, donde mezclábanse la multitud de bailarines.

Los músicos tocaban una "sarabanda" alegre y de veloz ritmo, a cuyos compases una serpentina humana desfilaba corriendo a través de todas las habitaciones formando una cadena sin fin que ondulaba desde los salones altos hasta el piso bajo enfrentándose por las escaleras en sentido opuesto.

Y al apoyarse en el umbral de la salita, el Pirata Negro frunció el ceño con dispar sentimiento de intriga y esperanza. Dos eran las mujeres que intervención habían tenido en su misterioso salvamento. Y la segunda al menos no era una frívola cortesana de fáciles besos...

Pero reprimió una exclamación de sorpresa y enojo cuando, desfilando ante él, y separadas cada una por el largo de los brazos extendidos de un compañero de "sarabanda", vió sucesivamente pasar en torbellino alocado tres máscaras femeninas iguales.

Guantes rojos hasta el codo, chapines rojos, peluca blanca y el gran antifaz que velaba todo el rostro. Impulsivamente corrió tras ellas, y al volver la esquina de la alta escalinata, se detuvo alerta.

Por los peldaños y ajenos al bullicioso correr de las máscaras, dos mosqueteros grises subían espada en mano, mirándole severamente.

Retrocedió el Pirata Negro... y tras él una cruz formada por dos

espadas tocándose en el aire y mantenida por otros dos mosqueteros grises le cerraba el paso.

Desenvainó velozmente, y los dos mosqueteros a sus espaldas deshicieron la cruz de aviso, para avanzar con la punta de sus aceros dirigidos hacia el pecho del Pirata Negro.

—¡Preso en nombre del Rey!—gritó uno de ellos.

—No estoy de acuerdo—dijo riendo el Pirata Negro, prodigando veloces altibajos para apartar las dos espadas—. El Rey tiene buen sillón para esperar sentado el verme de nuevo preso. Una vez, va bien; dos sería tentar la suerte.

Saltó de costado en evitación de los dos nuevos antagonistas que le cerraban el paso en el rellano. La "sarabanda" seguía su desfilar humano y algunos gritos resonaron amenazadores:

—¡Fuera con los esbirros!

—¡Son mosqueteros de Carnaval!

—¡Echadles agua para que se refresquen!

Dos manos enlazadas se separaron para dejarle paso, y volvieron a enlazarse cuando los cuatro mosqueteros quisieron perseguirle.

—¡Orden del Rey!—aulló encolerizado uno de los mosqueteros.

—¡Es el Pirata Negro!

—¡Apartad o disparamos!

Volvió a deshacerse la cadena de bailarines, y los cuatro mosqueteros corrieron tras el huido, pistola en mano.

Llegaban a la salita de la balconada, cuando le vieron encaramarse por el reborde y, como nadador que se y zambulle, saltó al vacío. El disparo de uno de los mosqueteros llegó a perforar, segundos más tarde, el lugar en que poco antes se hallaba en pie el Pirata Negro.

Y cuando los cuatro mosqueteros se asomaron, no vieron rastro del hombre por cuya cabeza el rey de Francia pagaba mil luises de oro.

CAPITULO VI

Floreteo

Despertóse Carlos Lezama tarde en la mañana. Levantóse del banco del “*caveau*”, donde, envuelto en su capa, había dormido, tras el accidentado baile del “Bullier”.

En el desierto y ancho bodegón, sobre una de las mesas, había bandeja do carne y frutas junto a un largo frasco de Anjou. También había un monumental ramo de flores blancas...

Fuera, en las escaleras, “Piernas Largas”, mirando hacia lo alto en una de las fachadas de la acera opuesta, cantaba con su buen estilo una zambra quejumbrosa que a todas luces era composición suya:

"La nieve de tu cabello de plata está hecha de blancas flores, flores que son también tus mejillas y la...”

—¡Andaluz!

La tajante voz de Lezama enmudeció al pirata de huesudo y ancho torso y piernas descomunales y flacas que terciándose al hombro la guitarra acudió corriendo.

—¿Coplas y florecitas?—rezongó el Pirata Negro—. No te desgañites ojeando amorosamente ventanas de vecinas, que en París se habla francés. Y ¿qué diantres hacen sobre esta mesa flores de cándida blancura?

—Son para ella...para la sevillana, señor.

La diestra del Pirata Negro avanzó en rápido zarpazo, asiendo por el coleto a “Piernas Largas” que bizqueó asustado, mientras su jefe lo sacudía.

—¿Sevillana? ¡Maldito seas, chiclanero! ¿No me basta con el misterio de la coqueta y la pudorosa para que me añadas otra sevillana más? ¿De quién hablas?

—Anoche, señor, cuando tras la carroza fuiste, vi en una ventana de enfrente asomarse una mujer. Cantaba por “los bajines” la copla: “En mi grupa a la romería...”

—¡Hártanme tus coplas! Continúa con la explicación, sin largar berridos.

—Al ver que en París había una española como yo, me alegré. Ella regaba unas macetas de su balcón, y me hinchó la “morriña". Creíame en mi Chiclana viendo a mi Angustias... No, no me sacudas más, señor. Continúo. La grité: “¡Vecina! ¡Viva la tierra que nos parió!” Ella cerró de golpe su ventana y desapareció. Pero yo agarré mi “tocanta” y canté la más fina de las letrillas; aquella que dice: “Mocita juncal no cambio por...” Ya voy, ya voy con mi cuento, señor. Volvió ella a salir, y la grité: “¡Paisana! De Chiclana soy, ¿y vuesa merced?”

—¿Cómo empleaste tratamiento tan distinguido? No sueles usarlos.

—Es que es mujer vieja y de raídas ropas, aunque limpias. Y yo soy hombre fino cuando con viejas pobres hablo, porque mi madre, cuando me dejó solo, quedó tendida en limpias ropas raídas, y era vieja... y buena.

El Pirata Negro apartó su mano del coleto del pirata andaluz, y. le dió un brusco empujón que “Piernas Largas” supo interpretar. Era una muestra de afecto.

—Bien, chiclanero. Quedamos en que le dijiste:...“¿y vuesa merced?”

—Y ella me replicó con donaire castizo: “Si jazmines riego y al hablar ceceo, ¿de dónde seré, compadre?” Me alegró tanto oír mi parla, que tiré al aire mi chambergo; la dediqué cuatro coplas de las elegante... y la dije: “Me “descascarillo” por un gazpacho pimentonado, señora. ¿Vuesa merced los guisa?” Y ella, guiñándome un ojo, me dijo: “Si vos traéis los componentes, yo os presto mi hornillo”. Se marchó... y esta mañana, cuando pasó una vendedora de flores, cómprele esas para la vieja sevillana. ¿Hice mal?

—Coplero y galante te quiero, andaluz. Pero ya que de gazpacho has hablado, quizás esa buena anciana sepa quiénes son las damas de linaje sevillanas que en París hay, y resolverme pueda el gazpacho de mis tres juveniles sevillanas que anoche danzaban la

“sarabanda”. Conque, vamos a visitar a tu paisana.

Colocándose el antifaz, el Pirata Negro atravesó la calle tras “Piernas Largas”. Entraron en una modesta casita de estrechas escaleras; en el tercer piso, tocó “Piernas Largas” con los nudillos en la puerta.

Una mujer de níveos cabellos, menuda, de piel rosada y tersa como la de una niña, sin arrugas, y de negros ojos vivaces e intensos, entreabrió.

—Soy yo, señora. Vuestro paisano; os traigo flores y me acompaña un amigo también español como nosotros.

—Yo no celebro ya el Carnaval— dijo ella ceceando graciosamente—. No me gustan los antifaces. Para hablar entre españoles, no se estila el cubrirse el rostro.

Abrió del todo la puerta, al quitarse el Pirata Negro el antifaz, y “Piernas Largas” avanzó tendiendo su ramo de flores.

—Quise jazmines, pero la florera no me entendió y escogí este ramillete, señora. ¿Os gusta?

—Mucho. Hace ya muchos años que no recibía flores. Mujer como yo a a sus maduros cuarentas y piquitos pocas galantes atenciones inspira. ¿Cómo os llaman, compadre?

—“Pier... — y el pirata corrigióse con celeridad: —Curro Montoya, de Chiclana la Grande. Pero ya sabe vuesa merced que en nuestros pueblos motes ponen, y me llamaban “Piernas Largas”.



...ojos vivaces e intensos, entreabrió...

El Pirata Negro, destocado, examinaba la pobreza reinante en aquella reducida habitación, donde bastidores de bordar, hilos y agujas hablaban de la profesión de su moradora. Todo respiraba limpieza y pulcritud.

—Esperanza Heredia — presentóse ella fingiendo graciosa reverencia cortesana—. De mocita anduve por la Macarena y era bordadora. Vine a París porque llamóme la condesa de Galaroza, que decía que en esa ciudad bordar no saben. Y aunque frío tengo, la condesa es generosa y pongo sol de Andalucía en mi jaula de jilguero.

Esperanza Heredia sonrió al sorprender fija en ella la mirada del Pirata Negro.

—Fáltame por conocer vuestro nombre y profesión, señor, que ya sé que vuestro amigo es “cantaor” y de muy buen estilo.

—Carlos Lezama me nombran, señora Esperanza, y a tiempos perdidos profesor de esgrima soy. No conozco Andalucía, pero deseo conocer a las damas sevillanas que en París hay.

—Sincero sois, señor Carlos. Pocas sevillanas hay en París... y las pocas que hay las sirvo con mis bordados.

—¿Tenéis inconveniente en que nuestro amigo vaya en busca de

componendas para yantar? Ofrecisteis vuestro hornillo, y él sabe guisar. ¿Puedo añadirme a la invitación?

—Vestís con demasiada distinción, señor Carlos, para disfrutar la frugal comida que yo pueda preparar. Pero si es vuestro acomodo oírme charlar de las sevillanas que os interesan, tendréis que pasar por el sacrificio de mi gazpacho. Dejadme que escriba la relación de comestibles y condimentos porque el señor Curro no habla francés, y los tenderos de aquí desconocen la divina lengua de María Santísima.

Mientras ella escribía, sentada en silla de asiento de paja trenzada, y apoyada en rústica mesa de pino humildemente tallado, el Pirata Negro observaba a Esperanza Heredia. El blanco cabello no era el de una mujer anciana por años, ya que el terso cutis y las blancas manos sin arrugas no denotaban vejez.

El rostro era delicado y de nobles facciones y los negros ojos vivaces ostentaban por instantes chispeos de intensa vitalidad. Pero la fina boca tenía en sus comisuras dos arrugas que plasmaban una expresión de amargura a la bordadora.

Al irse “Piernas Largas” con su nota de encargos, tras haber denegado a una señal del Pirata Negro, el dinero que tendía la bordadora, Esperanza Heredia señaló la silla al otro lado de la mesa, frente a ella.

—Sentaos, señor Carlos. Las costumbres del bajo pueblo andaluz conocéis, cuando desde un principio habéis sabido llamarme por mi nombre de pila, pero por vuestro ropaje os hago gracia de anticipar a mi nombre el tratamiento de “señora”.

—No es señora la que de noble cuna nace, sino la que inspira a cualquiera un refinamiento de tratamientos. Y ved un caso curioso; mi amigo el chiclanero es hombre usualmente algo libre de modales, e instintivamente os llamó “vuesa merced”.

—Flores de andaluz. Pero vos no sois de mi tierra.

—Nací en Panamá, la lejana tierra de las Américas. Gusto del floreteo, señora Esperanza, y no hay osadía en que os diga, que muchas mocitas quisieran tener el raso de vuestra tez de nardos, y el terciopelo que son los negros luceros de vuestros ojos.

Esperanza Heredia rió tenuemente… Sus manos temblaban levemente cuando con gesto cansado pasóse los dedos por las sienes.

—Gracias, señor Carlos, por vuestra galantería para con una vieja. Pero, habladme de vuestras sevillanas. ¿De cuál de ellas os habéis enamorado?

—De ninguna… todavía, porque sus rostros no conozco enteramente. Me atosiga un enigma, señora Esperanza, y quizás vos podáis resolvérmelo. Por circunstancias largas de explicar, y que a vos os aburrirían, debo favores a una dama sevillana, de la que sólo sé encubre su rostro y sus manos con rojas telas. Es dama de al—curnia porque en sólo media hora prodigó los luises de oro. Habla indistintamente y tan perfectamente el francés como el español. Como vos, por sevillana, tiene el pie diminuto. Y, ¿conocéis alguna que reúna estas condiciones y posea ojos y cabello negros como la endrina y sea… perdonad, más que coqueta?

—¿Más que coqueta? ¿Qué entendéis por ello?

—No sé cómo explicároslo…—vaciló el Pirata Negro.

Esperanza Heredia sonrió con maliciosa expresión, contemplando a aquel hombre de erguida talla y de elástica musculatura delgada y fibrosa; de perfil de halcón, de mirada soberbia y burlona y de movimientos suaves y felinos, que plasmando todas las características de un temperamento audaz, denotaba ahora cohibimiento ante ella.

—¡Oh, señor Carlos, no os aturulléis! Vieja soy y mucho he vivido. Hablad sin temor.

—Por respeto a la nieve que embellece vuestra hermosura, prefiero callarme, señora Esperanza. La dama a que me refiero descubrióme sólo sus labios. Eran arqueados, rojos como sus encajes… también como sus guantes que hasta el codo le llegaban.

—¿Guantes rojos? ¿Apreciasteis si tenían en el dorso de la mano unos calados en relieve más carmesí? ¿Tres rayas bordadas?

—¡Así era!—y el Pirata Negro púsose en pie, avanzando el busto —. ¡Decidme! ¡Vos conocéis a mis enmascaradas!

—Algo violento sois, mi joven señor—dijo ella mirando seria y con fijeza extraña a su visitante—. Hablabais antes de una dama sevillana, y empleáis de pronto la palabra “mis” y “enmascaradas” ¿Cuántas son, pues?

—Tres—dijo con impaciencia el Pirata Negro, volviendo a sentarse.

—Tres pares de guantes y tres antifaces con vuelo de encajes así

no hace más de siete días—dijo Esperanza Heredia reflexivamente.

—¿Para quién, señora Esperanza?

—No puedo decíroslo, si no sé al uso que destinaréis mis revelaciones.

—No os importe, señora — declaró en el colmo de la impaciencia el Pirata Negro—. Si por vuestros cosidas y bordados ellas os dieron cien luises, yo os doy mi palabra que mil luises os daré por...

Esperanza Heredia púsose en pie y dignamente, con altivez, indicó al Pirata Negro la puerta, extendiendo el brazo rectamente.

—Mucho honor he tenido en conoceros, señor Carlos Lezama. Por ahí se va a la calle.

—Pero ¡señora! ¿Qué os hice? ¿En qué os falté?

—¿Creéis que por ser pobre me podéis tentar con oro? Guardaos vuestros luises, que si oro quisiera hoy bordadora no sería.

Carlos Lezama, contrito, hizo una de sus peculiares extravagancias. Rodilla en tierra, aplicó su frente en la pendiente mano izquierda de la bordadora, y dijo con cierta arrogancia: —Postura es que no suelo adoptar, señora. Perdonadme mi descortesía, que no tuvo más que impaciencia. Si supierais la desazón que me atormenta, me perdonaríais. Os prometo no hablar más de ellas, si me concedéis una sonrisa amable.

La mano pulida y fragante a jazmines de la bordadora, descendió de la frente a los labios del Pirata Negro. Y éste al besar la mano ofrecida, no pudo ver la extraña mirada de tristeza y cariño con que la andaluza le contemplaba.

—Excusado quedáis, señor Carlos. Si antes como mercader hablasteis, ahora como caballero os habéis sabido hacer perdonar. Y dispuesta me hallo a saciar vuestra curiosidad.

Sentóse ella, y el Pirata Negro levatándose empezó a andar por la reducida habitación.

—"Piernas Largas" al hablarme por vez primera de vos, señora, mentó a su madre. Y es hombre poco sensible. Sin embargo os calificó de buena. Hay instintos que hacen a los mismos jabatos supersensibles, y si el chiclanero halló bondad en vos con solo veros, no puedo seguir engañándoos. Sabed que estoy perseguido por la Ley, y que ha pocos días una misteriosa enmascarada pagó "*courtisards*" para que, asaltando el castillo de Vincennes me

libraran del hacha del ver dugo. Os asusta lo que acabo de deciros?

—Quiero creer que bromeáis, señor Carlos. Hombre de vuestra traza que en buscar sevillanas se ocupa, no puedo creer ande escapado y en peligro de muerte.

—Vos manejáis aguja de bordar. ¿No veis en mis orejas dos hoyos por los que habitualmente pasan aretes de oro? ¿Esa cadena de oro que de mi cuello cuelga ocultándose entre los repliegues de mi coleto de encajes, no os dice cuál es mi profesión? ¿No habéis leído dos carteles en que se pone a precio dos cabezas de bandidos?

—He leído...—y ella fingió asustarse: —¡Vos sois el Pirata Negro! ¡Vuestra tez bronceada...

—Siento causaros temor por esta desconcertante situación, señora. Pero no podía seguir hablándoos y mintiendo. Quisiera saber quiénes eran las damas que disfraces rojos os encargaron, pero... ¿cómo puedo convenceros que si por pirata me persiguen, es por pura gratitud que deseo saber quién de las tres máscaras quiso salvar mi vida a la cual poco cariño yo tengo? Naturalmente, ella, la que sea, no sabía que si a la muerte fui, era porque tal era mi voluntad.

—Mal renombre tienen los piratas, señor. Pero tenéis manera de hablar que no concuerda con vuestra triste nombradía.

—¿Triste? Me jacto de no ser un pirata común, señora Esperanza Heredia. Algo largo es contaros mis razones, pero desearía lograr aquietar vuestros justos recelos. Por fortuitas circunstancias del destino dejé de ser profesor de esgrima para lanzarme al mar. Sobre las olas quien quiera hacerse respetar cuando las autoridades le persiguen, debe adoptar un pabellón. Y flameó un aguilucho en mi barco “Aquilón”. Opté por ser pirata a mi modo. Si a piratas maté fué en lucha franca; y todo el que bajo mi espada cayó fué porque mi vida buscaba. Ante toda mujer puedo llevar la frente bien alta, porque lo que de caballero me resta, me hace respetar el recuerdo de la madre que nunca he conocido.

El Pirata Negro sonrió amargamente, sin darse cuenta que la misma sonrisa ostentaba la boca de Esperanza Heredia.

—Aborrezco los sentimentalismos cuando de mí hablo. Me califican de charlatán, de jactancioso, de soberbio y de “métomeentodo”. Acepto como veraces esas calificaciones. Hablo cuando es preciso y con cuanta extensión el caso requiera. Cuanto

os estoy diciendo otras veces he repetido palabra por palabra, porque ante ciertas mujeres, es mi corazón el que habla. Soy jactancioso soberbio porque si en algo me empeño, cumplo mientras en pie esté; no reconozco más autoridad sobre mí que la mía. Y es tal mi orgullo que si por épocas me siento Don Quijote, a palo no me tunden porque ciño espada y sé manejarla.

—Perdonad que os interrumpa. Jactancioso sois, señor Carlos... ya que antes dijisteis que os rescataron de un patíbulo.

Estalló el Pirata Negro en seca carcajada sin alegría.

—Tropecé con piedra que no quise destrozar. Suponed que un hombre recto, un hombre insobornable, un verdadero noble en toda la extensión de la palabra, fué quien me detuvo. Y le doy tan poco valor a mi pellejo de bribón pirata, que... no quise luchar. ¿Os parece imposible? Yo sé el secreto motivo que respetarme hizo la ley del destino que quiso fuera el conde Ferblanc quien me condujera al cadalso.

Ella inclinó la cabeza para ocultar una expresión de extraño significado.

—¿Decíais también que os consideraban "métomeentodo"?

—Métome en todo cuando tropiezo en mi senda con seres desvalidos y gozo al verles desconcertados y sé reír porque nunca agradecimiento espero. Cuanto hago lo hago porque tal es mi buena voluntad y si me descalabran la cabeza, confío en que La Altísima Justicia Final tendrá tolerancia conmigo. Quien me teme, me apoda el Pirata Negro; quien me aprecia y me tolera, me llama como fui bautizado: Carlos y Lezama por el apellido que yo me añadí. Si las autoridades me buscan para cortarme el cuello, allá ellos con su deseo, que yo de nada me avergüenzo porque a honra tengo ser llamado el Pirata Negro. Ese soy yo, señora Esperanza, Heredia, y ahora... Vos diréis. ¿Tomo el camino de la puerta y me despido de vos para siempre o me honráis permitiéndome sentarme?

—Sentaos, señor Carlos. La orgullosa sencillez de vuestras palabras me hace consideraros en forma muy distinta a como los cartelones os presentan. ¿A qué vinisteis a París?

—Es inexplicable, señora. A veces en el mar, no puedo conciliar el sueño. Paseo por cubierta y mi amiga luna vierte melancolía en mi alma. Y oigo el susurro de las olas al besar el casco de mi velero... Murmuraban: "París... París..." Supersticiones de hombre

de mar, quizás. Pero... mejor habría hecho en no venir.

—¿Por qué no os vais?

—Locura de pirata, señora. Mi cabeza es propiedad de una de las tres damas para la que bordasteis guantes rojos y antifaces del mismo color con flecos de encajes.

Tras dos toques en la puerta entró “Piernas Largas” con una cesta repleta de vituallas por entre las que asomaban golletes de botellas. Su llegada distendió el ambiente.

Esperanza Heredia sonrió designando las botellas.

—En mi lista no había mención de vinos, señor Curro.

—“Afané”... perdonad, señora Esperanza... quise decir que alargué el brazo y el franchute tendero me comprendió, porque chasqueé la lengua y empiné la mano dirigiendo el pulgar hacia mi boca abierta.

—Ciérrala ahora, chiclanero. La señora sabe ya que eres como yo un bribón alegre de pirata, y no te sientas más "señor Curro”. ¿Permitís que ese bergante coplista luche con vuestro hornillo? Sabe guisar.

—Allí tenéis mi cocina, señor Curro. Tras aquella cortina. ¿Os ayudo?

“Piernas Largas”, repuesto de la sorpresa, denegó con la cabeza

—Vuesa merced está en su sitio aquí... Yo a la cocina me voy.

El pirata desapareció con su cesta tras la cortina de tela floreada.

—Para hombres a quien la ley persigue, manifestáis un solemne desdén por esas minucias—dijo ella con ironía amable—. Compartir un gazpacho, si un verdugo espera, tiene ribetes de extravagancia.

—En esta capital la extravagancia impera. Y si no, ¿a qué viene el misterio de las tres enmascaradas? ¿Queréis decirme a qué obedece?

—Yo sólo sé para quién cosí, pero no sé a qué uso destinaban las prendas.

—¿Tenéis inconveniente en decirme mis nombres?

—La condesa de Galaroza es una.

—¿Morena, reidora, coqueta?

—Así dicen por lo que a la tercera seña corresponde. Y que es de negro cabello y negros ojos, os lo puedo garantizar.

—¿La segunda enmascarada? Una de cabello castaño y delgada barbilla adolescente...

—La hija del secretario de Embajada, Carmela Trigales. Sólo tiene dieciocho años, y es muy recatada y graciosa.

—A ninguna de las dos conozco, ni favores me deben. Por fuerza ha de ser la tercera enmascarada quien yo busco.

—Entonces, siento deciros que su nombre no sé. Porque fué la condesa quien en nombre de una amiga suya, me pidió bordara otro antifaz y unos guantes iguales a los suyos.

—Poco me place, pero no me quedará más remedio que visitar a la condesa de Galaroza. Tengo que saber quién era la tercera enmascarada que anoche desfiló ante mis ojos sin que pudiera conocer su identidad.

—Puede tratarse de una amiga francesa de la condesa. Alguien que vos conozcáis.

"Piernas Largas" trajo en aquel momento dos copas con burbujeante vino espumoso y dorado que colocó en el centro de la mesa.

—¿Champaña, andaluz? Buen paladar tienes cuando invitas. Brindemos por Andalucía, señora Esperanza Heredia.

Ella levantó su copa, mientras "Piernas Largas" se iba a la cocina.

—¿Es por mi tierra natal vuestro brindis?

—En parte sí. Y en parte porque no ha mucho... la misma noche instantes antes que me detuviera el conde de Ferblanc, supe que mi madre en Sevilla nació...

De la copa de Esperanza Heredia cayeron unas gotas, mientras afirmando la voz preguntó:

—¿Vive?

—No creo, y con ello perdí mi esperanza.

—Ved que citáis mi nombre.

—Cierto. Nombre bonito, señora, nombre que hace vivir. Siempre pensé que la esperanza de un día reclinar mi cabeza de loco en regazo materno me haría olvidar muchas antiguas penas. Pero... el viejo que de ella me habló dió a comprender que ella murió. Como vos, en Sevilla había nacido... Quizá sea por eso, que brindo por vos y por Sevilla.

Apuró el Pirata Negro su copa, mientras Esperanza Heredia bebía lentamente, cerrados los párpados.

—¿No os dijo siquiera cómo ella se llamaba?

—No. ¿Y por qué me lo preguntáis, señora?

—Quizás yo la hubiera podido conocer... y en último caso, ¿no os habría gustado saber su nombre?

—Madre—dijo lacónicamente el Pirata Negro.

El violento estremecimiento de la bordadora pasó desapercibido a Carlos Lezama, que miraba con fijeza el tallo de su copa, jugueteando con ella entre sus dedos.

—¿Qué habéis dicho? — preguntó ella con voz débil.

—No hay nombre para quien el ser nos dió. Sólo "madre"... Es palabra que he oído en labios de asesinos al morir; es palabra que invoca el hombre más ruin cuando sabe que la vida le deja. Y... es palabra con la que mis labios apreté cuando ante el yunque del verdugo ha días me arrodillé. Pero, excusadme, señora Esperanza; ya os dije que aborrezco los sentimentalismos, y no quiero molestaros con mis sensiblerías.

—No digáis eso—exclamó ella vivamente—.No es sensiblería hablar como lo hacéis. Además, hace ya muchos años que un hijo perdí, que por el mundo va vagando y de él nada sé. ¿No son parecidos nuestros casos?

—Muy distintos, señora. Él, cuando os vea, se sentirá orgulloso... y yo casi doy gracias al cielo que piadosamente evitó a mi madre la pena de averiguar en qué hombre se convirtió quien... ¡Diantre!—y el Pirata Negro abrió la mano, entre la que acababa de quebrarse el tallo de la copa de cristal—. Perdonadme, estoy destrozando vuestra vajilla.

Ella atenazó las dos manos apoderándose de la diestra del Pirata Negro, en la que el cristal, al romperse, había trazado cortes sangrientos.

—¡Bah! No os preocupéis, señora. Tengo piel dura. Verted simplemente un poco de champaña en las grietas.

Ella, en silencio, restañó con su pañuelo la sangre de los menudos cortes, y la tibieza de sus pequeñas manos hizo sonreír al Pirata Negro.

—Alitas de paloma tenéis por manos, señora Esperanza. ¿No veis que me avergonzáis? No soy ningún gigante y, sin embargo, me veo capas de ocultar por completo vuestras dos manecitas en una sola de las mías.

Terminó ella de vendar con el pañuelo y seria, con extraña

humedad en las pupilas, dijo:

—Creo que es jactancia, señor pirata.

—¡Diantre! ¿Me desafiáis, señora?

Y con delicada firmeza, Carlos Lezama asió las dos manos de la andaluza hasta cubrirlas por completo con su musculada diestra. Ella sonrió dulcemente.

—Cumplís lo que prometéis., ¿Queréis prometerme algo?

—¿Que os suelte sin besarlas?—dijo él riendo, mientras besaba las dos manos liberándolas—. Si entrase el chiclanero, creería que os galanteo.

—Prometedme que si en peligro os vierais, antes de partir de París, viniérais a verme. ¿Lo haréis?

—Os lo prometo. Y vos, ahora, ¿queréis hacerme una merced?

—¿Que averigüe por la condesa de Galaroza quién es la tercera enmascarada?

—¡Por Sevilla! ¿Sois adivina?

—Creo que no os gusta la condesa —dijo ella sonriendo—y yo puedo saber mejor que vos lo que desáis averiguar. Aunque... me parece que sois muy dado a galantear y la condesa es bella..., y rica.

—Vos sois quien me ofende ahora —dijo él riendo—. ¿Creéis acaso que soy un vulgar pirata?

Entró “Piernas Largas” llevando orgullosamente una olla humeante.

—¡Sopa de ajo a la gaditana!— anunció con majestuosidad

Carlos Lezama y Esperanza Heredia rieron regocijados. La improvisada comida transcurrió alegremente por las chanzas que el Pirata Negro dedicaba a su cocinero pirata...

Esperanza Heredia miraba de vez cuando a Carlos Lezama cuando este no la veía... y las comisuras amargas de los labios de la fingida bordadora se acentuaban. Admiraba y a la vez deploraba que el extravagante Carlos Lezama... fuese también el Pirata Negro.

CAPÍTULO VII

Las torpezas de un profesor de esgrima

A las tres de la tarde, colocado de nuevo el antifaz, atravesó la calle el Pirata Negro seguido por “Piernas Largas” y ambos entraron en el “*caveau*” cedido por Hugues de Luynes.

Hallaron la puerta abierta y un caballero, suntuosamente vestido, esperaba en el interior del bodegón.

—Quédate en la puerta, andaluz. Y si copleas a la señora Esperanza, saca de tu repertorio las más distinguidas de tus canciones. Pero no pierdas de vista la calle, y si asoman mosqueteros grises... adviérteme. Voy a ver qué se le ofrece a este atildado caballero que aguarda.

Al atravesar el umbral del “*caveau*”, el Pirata Negro, sin quitarse el antifaz, cerró la puerta con sus espaldas y quedóse en pie, inmóvil, reclinado indolentemente con los brazos cruzados.

—¿Tenéis cita con alguien, caballero?

—Jacques de Praviel tiene el honor de saludaros, señor—dijo el visitante, levantándose—. La entrada en los “*caveaux*” del “Quartier Latin” dijéronme que era libre, y oí en la corte mencionar que existía una sala de armas clandestina, dirigida por el caballero español y capitán de armas señor Carlos Lezama..., el profesor de esgrima que desarmó al conde Humbert de Ferblanc.

—¿Y qué deseáis de Carlos Lezama?

—Pedirle precio por una enseñanza. Todos los capitanes de armas conocen estocadas secretas, algunas imparables. No dudo que fué con una de esas que el señor Lezama desarmó e hirió al conde de Ferblanc. Me tengo por un excelente esgrimista, pero sin la ayuda de una estocada secreta, por la que estoy dispuesto a pagar buen precio, no puedo atreverme a retar al conde de Ferblanc.

Quitóse el Pirata Negro su antifaz. Sonreía amablemente.

—Yo soy Carlos Lezama. ¿Odiáis mucho a Ferblanc?

—Bastante —dijo Jacques de Praviel—. Lo suficiente para desear matarlo en el campo de duelo.

—¿Qué os hizo? No veáis simple curiosidad en mi pregunta. Poseo un nutrido surtido de puntarazos que van desde el desgarrón que obliga a guardar cama varias semanas, hasta el alfilerazo que para siempre cierra los ojos. Y vendo mis estocadas según el grado del agravio que se desee vengar. ¿Qué os hizo Ferblanc?

—Tengo que matarlo porque en ridículo me puso ante toda la corte reunida.

—No la juzgo muy grave ofensa.

—Sois español y desconocéis el humillante poder del ridículo. París todo lo perdona, menos ser ridículo... Ferblanc rebosa de insolencia, y en plena antesala del Rey, dijo que estaba muy satisfecho de que mi esposa estuviera casada conmigo, porque así él no corría el peligro de casarse con mi esposa. ¿Os causa gracia tal impertinencia?

—No; sonreía pensando que los insolentes, tarde o temprano, son víctimas de su insolencia. Bien; puedo enseñaros una difícil estocada, pero no tengo floretes. No dispongo más que de mi espada desnuda, y vos no habéis traído más que la vuestra.

—No tiene importancia—dijo Jacques de Praviel desenvainando —. Os consideran el más hábil esgrimista que ha venido a París, y yo me precio de no ser torpe. ¿Qué os parecen cien luises como precio?

—Al terminar me pagaréis— desenvainando, el Pirata Negro besó a usanza duelista la hoja de acero—. Dadme primero la medida de vuestra escuela. Trabad en las seis posiciones. ¡Primera, rompiendo! ¡Doble en fondo! Bien; os enseñaron maestros italianos. Alzáis demasiado la guarda. ¡Terciad al flanco! ¡Atención al contragolpe! Sí, sois buena espada. ¡Reposo!

Apoyó el Pirata Negro su espada en el suelo y sonrió brillantes los ojos de íntima diversión.

—No tengo inconveniente en enseñaros un puntarazo traidor, que atravesando el pulmón corta la aorta, produciendo la muerte instantánea. Pero no sé si no sería preferible que volviérais otro día con floretes. Puedo heriros...

—Hoy estáis aquí. Mañana, ¿dónde estaréis? Os buscan por todo París. El tiempo me apremia, señor Lezama. Si poseo el secreto de un puntarazo que nadie más que vos conoce, Ferblanc caerá a mis pies.

—Bien; sea como queráis. ¡En guardia! Prestad mucha atención; el puntarazo lo haré resbalar por vuestro hombro derecho. Cuando estéis frente a Ferblanc el empleará la táctica de todo esgrimista superior; os dejará atacar. Lanzadle primero un "levantamiento en tercia"—y mientras hablaba iba Lezama espadeando—, que él parará como vos habéis hecho, en segunda. Forzad el trabazón de aceros, empujando y cediendo de pronto hacia el pecho. Eso es; entonces hará Ferblanc lo mismo que acabo de hacer. Tendrá que avanzar en cuarta, y ahora vos, simplemente, os arrodilláis como yo lo hago, flexionando la rodilla izquierda, os tendéis a fondo... ¡y torpe de mí! ¡Os he herido!

Jacques de Praviel, repentinamente lívido, soltó su espada, llevándose la mano al brazo derecho, que le colgó inerte. El acero de Lezama habíale traspasado la carne del bíceps derecho de parte a parte. Herida dolorosa que le impediría manejar la espada y retar a Ferblanc durante más de un mes.

—¡Cuánto lo siento!—y con hábiles ademanes el Pirata Negro rasgó la camisa del francés, formando una trenza que, en torniquete, apretó bajo la herida—. ¡Cuán torpe soy!... Pero os advertí que era peligroso. Parásteis bien, pero no ladeásteis suficientemente el cuerpo...

—Cierto que sois torpe—gruñó el francés—. Aunque quizá yo también he tenido la culpa. Paré, pero no supe torcer mi guardia. En fin, si hubiese traído mis floretes... Ahora, durante un mes estoy incapacitado para todo duelo. ¡Qué torpeza!

—Creedme que lo lamento con toda... mi bolsa. He perdido cien luises.

—Y yo tendré que llevar en cabestrillo el brazo.

—¿Os acompaño, señor de Praviel? ¿Os sentís debilitado?

—¿Acompañarme? ¡Estáis loco! Ni vos me habéis visto nunca ni yo os conozco. — Y con gesto rabioso Jacques de Praviel envolvióse en su capa con el brazo izquierdo y soportando el brazo herido salió rápidamente del "*caveau*", cuya puerta, abierta por el Pirata Negro con amable expresión de sentimiento, franqueó gruñendo entre

dientes.

—¡Qué torpe soy!—repitió aún Lezama, y estando ya lejos el francés rió irónicamente—. ¿Conque estocaditas para matar a Humbert de Ferblanc? A buena parte vinistes, Jacques de Praviel. ¡Tú, andaluz, despiértame sólo si rondaran mosqueteros grises o la señora Esperanza me llamase. Espero noticias de toda una señora condesa.

"Piernas Largas" entretuvo la tarde prodigando sus piropos que las francesas que pasaban no comprendían, pero adivinaban por la expresión del magro rostro atezado del guitarrista, que fingía aceptablemente su papel de mendigo callejero.

Cada vez que una moneda caía en el fondo del chambergo que había colocado entre sus pies, el chiclanero murmuraba:

—Una flor más para mi paisana.

Anochecido, sirvió la cena a su jefe y terminaba de comer el Pirata Negro cuando un acceso de toses del andaluz, apostado en la puerta, le anunciaron, con escasos segundos de anticipación la visita de un embozado, que se detuvo vacilante en el umbral.

—¿Sois vos el señor Carlos Lezama?—murmuró con voz ronca, el recién llegado.

—¿Y vos, quién sois?

—Henri Dusmesnil, ex mosquetero. ¿Puedo sentarme?

—Sillas hay.

—Abandonad la reserva conmigo —y el embozado, descubriéndose del pliegue de su capa, exhibió un rostro huraño, de larga nariz caballuna y mirada poco amena—. Vengo a proponeros una buena suma de dinero.

—No tenéis aspecto de banquero real.

—¿Y eso, os convence?—y el ex mosquetero tiró sobre la mesa una bolsa repleta—. Hay aquí doscientos veinte luises de oro. Contadlos.

:—No sé contar.

—Vuestros son, sólo con que quitéis de en medio al maldito Ferblanc. Toda la corte habló de vuestra hazaña al herirlo.

—¿Cómo supisteis que aquí me hallaba?

—En la corte corrió el rumor de que el pirata huido, Carlos Lezama, estaba escondido aquí. De dónde partió el rumor, no lo sé. Me lo dijo un amigo que estaba de servicio. Escapasteis de Ferblanc,

y si yo os diera los medios de llegar hasta él con seguridad, ¿no os placería eliminarlo y encima ganaros esa bolsa?

—¿Vos, a quién buscáis? ¿Al profesor de esgrima o al pirata? Porque ambas cosas soy.

—Busco el que sin riesgo y por su superior espada puede matar a ese engreído Ferblanc, que me expulsó del cuerpo de mosqueteros, so pretexto que yo acepté dinero para dejar escapar a un preso, cosa que no se me pudo demostrar. Y tuvo la maldad de vapulearme con su bastón, diciendo que cada vez que me viera haría lo mismo.

—¿Quién era el preso?

—Un pobre mendigo, al que acusaban de haber matado a una vieja prestamista... pero no se le podía demostrar.

—Ya. Como a vos. ¿Y queréis que por doscientos veinte luises lo mate? demasiado arriesgado; no puedo andar a mi voluntad por las calles. ¿Sabéis esgrimir?

—Naturalmente. Pero no puedo retar a Ferblanc.

—¿Es que él no aceptaría vuestro desafío?

—Precisamente porque lo aceptaría y me dejaría seco.

El Pirata Negro rió, empujando la bolsa, que cayó sobre las rodillas del ex mosquetero.

—Odiáis a Ferblanc y puedo complaceros a medias. ¿Queréis que os enseñe una estocada mortal?

—¿Cuánto me haríais pagar?

—Oh, poca cosa. Me bastaría con abriros un boquete en la garganta. No pongáis esa cara de pasmo. ¿No vinisteis a buscar a un asesino? Pues, ¡voto al diablo! ¡Largaos antes que os dé una lección práctica!

—¿Estáis loco?—dijo Henri Dusmesnil levantándose apresuradamente de su asiento.

—Si locura es perseguirte a espadazos en las posaderas, vete pronto, porque estoy loco perdido—y el Pirata Negro levantóse a medias.

Henri Dusmesnil salió aceleradamente. En la calle rezongó una blasfemia y a paso apresurado torció la esquina. Buscaba a alguien... y al fin corrió hacia un grupo de mosqueteros grises, que al verle venir volviéronle la espalda con desprecio.

—Escuchadme, amigos—habló precipitadamente Dusmesnil.

—Sigue tu camino, Judas—escupió por sobre el hombro uno de

los mosqueteros—. Es una deshonra que siga vivo el hombre que manchó el estandarte de los mosqueteros.

—Vengo a deciros donde está el Pirata Negro. Si os acompaño, ¿no soy yo el que cobrará los mil luises?

—Muéstranos el camino, y cobrarás los mil luises—dijo despreciativamente el cabo de la escuadra de mosqueteros.

Formaron los seis mosqueteros en línea de a tres, yendo en pos de Henri Dusmesnil.

“Piernas Largas” rasgueaba su guitarra cuando vió torcer la esquina a Dusmesnil seguido por los grises uniformes de la cruz en el pecho. En dos saltos descendió las escaleras.

—¡Marea de grises viene para acá, señor! Les guía el tipejo que salió ha poco.

El Pirata Negro señaló la puertecilla del fondo.

—¡Ahueca! Vendré a encontrarme contigo en el bosque de Charenton.

Aguardó “Piernas Largas” a que por la puertecita se perfilara la silueta del Pirata Negro y entonces internóse por el dédalo de callejuelas hacia el bosque.

Henri Dusmesnil disparó hacia las espaldas del Pirata Negro, el cual, dando un salto de costado, lanzó con impulso feroz la daga que pendía de su cinto.

—¡Doscientos veinte luises que te ahorras!—gritó.

La daga, vibrando, atravesó la garganta de Henri Dusmesnil que, vacilante, quedó tendido en la puerta, entorpeciendo la entrada de los mosqueteros. Cuando éstos llegaban al fondo del “*caveau*”, limitáronse a lanzar sus gritos de alarma, porque no se veía ya al perseguido.

Y el cabo de los mosqueteros, acariciándose los grises mostachos, contempló el cadáver de Henri Dusmesnil.

—¿Doscientos veinte luises que se ahorra? No lo entiendo; pero, en fin, si los tienes encima, Henri Dusmesnil, tendrás mejor entierro que el que pertenece a un traidor como tú. Dejadlo aquí, hasta que el conde de Ferblanc determine lo que hay que hacer con ese ex compañero que muerto me agrada más que vivo.

Esa fué la oración fúnebre que sus antiguos compañeros dedicaron al hombre que buscaba asesino para el conde Humbert de Ferblanc.

CAPITULO VIII

Dama Carnaval

Humbert de Ferblanc alisóse con ademán maquinal su gorguera de encajes al acercarse al joven Hugues de Luynes en la alameda de los jardines del Luxemburgo, frecuentada al crepúsculo por la elegante sociedad parisina.

El pretendiente a la mano de Lisa Souza destocóse cortésmente, correspondiendo al saludo del "favorito de las damas".

—Quería hablaros, señor de Luynes. ¿Me permitís que os acompañe?

—Honor que me hacéis, señor de Ferblanc.

Ambos siguieron andando. Entre los paseantes algunos se cuchichearon al oído frases que, de ser oídas por Ferblanc le habrían encolerizado, y de ser oídas por el joven Luynes habrían hecho enrojecer de enfado.

—El "protector" va a pedir cuentas al suspirante—decía uno.

—De los dos uno sobra, si una sólo es ella— comentó otro.

Hugues de Luynes, aunque inquieto, procuró disimular el dilema en que se hallaba. No podía, si era retado por Ferblanc, negarse cobardemente, aunque a la muerte fuese. Y si Ferblanc por azar era herido por él, Lisa Souza había prometido solemnemente que no volvería a hablarle.

—¿Es cierto, señor de Luynes, que distinguís a Lisa Souza con vuestra solicitud?

—Creo, señor de Ferblanc, que es asunto que sólo "mademoiselle" Souza y yo podemos comentar.

—¿No me reconocéis cierta privilegiada ventaja? Por razones de mí conocidas, he tomado bajo mi protección a la que es hija de un caballero noble, muy íntimo mío. Podemos decir que represento a

su propio padre.

—Si este buen propósito os guía, os confieso que pienso casarme con “mademoiselle” Souza si ella me hace el honor de concederme su mano.

—¿Sí? ¿Y vuestra familia está de acuerdo con esta boda?

—Mi familia sabe que si he elegido a “mademoiselle” Souza, es porque la juzgo, no sólo la más adorable de las criaturas humanas, sino también la que más honrará a mis blasones.

—Me complace la buena opinión que de mi protegida tenéis—e inesperadamente, Humbert de Ferblanc, el hombre reputado de insolente e incapaz de cualquier gesto amistoso, rodeó con su brazo el del joven vizconde, que le miró extrañado—. Me habló Lisa de vuestro proyecto de boda. En principio os estimo, os estimo porque sé que odiáis las hipocresías cortesanas. Os reputan bravo y noble de carácter; buenas prendas para ser un buen esposo. Pero, ¿qué tal manejáis 1a espada?

Hugues de Luynes se estremeció; había llegado el momento que temía. Desprendióse del brazo que rodeaba el suyo. Aunque los labios le temblaban ligeramente, dijo con sequedad: —Lo bastante para desenvainarla con honor, sea ante quien sea.

Humbert de Ferblanc sonrió con amable ironía.

—Me complace saberlo. ¿No os dijeron que yo tenía por costumbre desafiar a quien sus ojos pusiera en Lisa Souza?

—Es comidilla de todos los imbéciles cortesanos. Y me placería que abandonaseis tal costumbre. Se presta a malas interpretaciones que Lisa no se merece.

Y Hugues de Luynes enderezó su talla, en ademán de reto. Esperaba la lógica respuesta en quien tenía fama de excesivamente quisquilloso. Pero Humbert de Ferblanc descubrióse cortésmente.

—Brava réplica me habéis dado, señor de Luynes. Os ruego sólo que tengáis en cuenta que en duelo maté a los que se atrevieron a solicitar de mi... apadrinada favores que dama honesta sólo conceder puede a quien la lleve ante el altar. Y si os pregunté por vuestra espada, es que Lisa es tan bella como honesta, y París rebosa de galantes malvados. Y cuando sea vuestra esposa, a vos pertenecerá el defenderla. Tengo la certeza que lo haréis cumplidamente.

—Gracias, conde de Ferblanc—y Hugues de Luynes ostentó una

viva alegría—. ¿Habéis dicho cuando ella sea mi esposa? ¿Dais, pues, vuestro consentimiento?

—Ella, ella es quien ha de dároslo.

—Tengo que haceros una confidencia. Me aseguró que sin vuestro consentimiento no se casaría conmigo... aunque me amase.

Humbert de Ferblanc acariciose los labios con soñadora expresión.

—Buena chiquilla. Bien, señor de Luynes... como dicen los padres de comedia, casaos... y sed felices. En nombre de quien a ella le dió el ser, os garantizo que cuanto antes os caséis, antes brillará en el cielo una nueva estrella. La estrella que se enciende siempre que el amor triunfa en las almas jóvenes y nobles. A vuestros pies, señor de Luynes.

Humbert de Ferblanc atravesó por un grupo de cortesanos, uno de los cuales reía aún con expresión maliciosa mirando a Hugues de Luynes, que habíase quedado inmóvil, como embobado.

—¿De qué os reís, señor marqués? —preguntó Ferblanc—. ¿Acaso oísteis mi mención de una estrella? A ratos me siento poeta; perdonadme esta debilidad. Tengo también otra debilidad que quisiera me perdonarais: cuando veo reír a un imbécil, siento deseos de abofetearle.

Lívido de miedo y de furor, el marqués se irguió tembloroso. No podía fingir desconocer la bravata que había en la alusión de Ferblanc.

—¿Lo decís por mí, señor de Ferblanc?

—Hablé de un imbécil, señor. ¿Tan mal os conceptuáis?

Las risas aduladizas de los que oían la conversación exasperaron al aludido.

—Me reiré siempre que me plazca hacerlo, señor de Ferblanc. ¿O acaso pensáis prohibírmelo?

—Tenéis caballerizas. Cuando un asno rebuzna, ¿se lo prohibís? Yo no.

—Dadme satisfacción por vuestras palabras.

—Fijadme hora y vuestros testigos, marqués de Verglas.

—Ya os visitarán, señor de Ferblanc.

—Procurad que así sea... y no os pongáis enfermo y vayáis al campo, como cuando con insolencia imperdonable hace dos meses os llamaron estúpido. A vuestros pies, marqués de Verglas.

Salía Ferblanc del Luxemburgo cuando un mosquetero gris acercóse a él y, tras saludarle respetuosamente, solicitó autorización para leer un informe remitido con urgencia por un componente del "ejército de las sombras", calificativo con que se designaba los espías del secretario de Seguridad.

—"Esta tarde a las cuatro, aproximadamente—leyó el mosquetero—, fué visto salir el Pirata Negro de la casa número 17 de la calle de La Huchette. En aquel momento, no conocíase su identidad por llevar el rostro cubierto con antifaz. Sólo hace unos instantes acreditóse que él era el que ocupaba el *"caveau"* de enfrente, y que acaba de huir dando muerte al ex mosquetero Henri Dusmesnil. Aguardamos instrucciones ante el número 17 de la calle

Huchette".

Humbert de Ferblanc encogióse de hombros.

—¡Insensato!—exclamó en voz baja. El mosquetero no supo si se refería a Henri Dusmesnil o al autor del informe. No podía adivinar que Ferblanc aludía al Pirata Negro—. Llevad la voz de alarma a todas las escuadras del "Quartier Latin". Que se acordone el barrio y nadie salga sin mi autorización.

* * *

Esperanza Heredia reclinaba melancólicamente su rostro pálido contra el visillo de la ventana del tercer piso del número 17 de la calle Huchette. Más hondas que nunca las arrugas de amargura que se dibujaban a ambos lados de su boca... Pensaba en Carlos Lezama...

Había oído el disparo de Henri Dusmesnil y había presenciado desde su altura la huída, por la calle posterior al *"caveau"*, del Pirata Negro. Aguardaba y temía...

De pronto, retrocedió presurosa. La arrogante silueta de Humbert de Ferblanc acababa de aparecer en la acera del *"caveau"* Dos hombres se acercaban a él, y sosteniendo una conversación en voz baja, miraban con frecuencia a su ventana.

Humbert de Ferblanc atravesó la calle, dirigiéndose al número 17. Subió las escaleras estrechas, llamando puerta a puerta. Tenían razón sus espías; la casa estaba desierta. Pero al llegar al tercer piso halló la única puerta abierta.

Entró espada en mano, y se detuvo asombrado. En la reducida habitación una mujer, cubierto el rostro por un largo antifaz rojo,

enguantada hasta el codo en terciopelo del mismo color y vistiendo ropas holgadas que impedían reconocer su talle y silueta, estaba sentada, inmóvil.

—Dama Carnaval—saludó burlonamente Humbert de Ferblanc —. Vine en busca de otra persona muy distinta, señora. Una persona que no posee vuestras pequeñas manos. Pero, en fin, aunque el cargo no me guste, tendré que deteneros por haber visitado la “Corte de los Milagros”, y haber distribuido cinco mil luises de oro entre los espadachines que asaltaron el castillo de Vincennes.

—Y que os impidieron cometer una acción de la que toda vuestra vida os habríais apesadumbrado.

Al oír la voz de la enmascarada, Humbert de Ferblanc frunció el entrecejo, intentando recordar dónde había oído antes aquel timbre y diapasón que, aunque mitigado por el velo de encajes, tenía una especial resonancia.

—No capto a qué acción os referís, Dama Carnaval. Tenemos tiempo por delante. A quien yo busco, aquí esperaré. Todo el “Quartier Latin” está acordonado y tarde o temprano vuestro visitante de esta tarde volverá en visita a su dama enmascarada. ¿Puedo saber quién sois?

—Voluntariamente, no. Quitadme, si queréis, el antifaz.

—No es culpa mía si la situación me hace ser ejecutor del Rey. Pero, como particular, no tengo por costumbre pecar contra la galantería más elemental.

—Sé muy bien que sois extremadamente galante.

—Agradecido, señora. ¿Sabéis, pues, quién soy?

—¿Quién, en París, no os conoce? ¿Quién no conoce al “favorito de las damas”? Hace más de treinta años erais ya muy bien visto por ellas.

—Por favor, señora, echad en olvido mi edad. Cuando de los cuarenta pasé decidí dejar de contar. No me recordéis que soy algo maduro. ¿Os quitáis la máscara? La considero ya inútil, puesto que me veré en la precisión de llevaros ante un tribunal, y allí forzada estaréis a lucir vuestro rostro, que no sé por qué presumo ha de ser adorable.

—Lo fué, Humbert de Ferblanc, lo fué... antaño.

—Quien tuvo, retuvo. En fin, si no me queréis conceder el honor de hablarme a rostro descubierto, ¿queréis, en cambio, explicarme

los motivos de vuestro interés por un bizarro bandido español llamado el Pirata Negro?

—Podré explicároslos, si antes vos me decís quién fué un hombre anciano que habló con dicho pirata instantes antes que vos lo detuviérais.

—¿Anciano? Dejadme pensar. ¡Ah! Fué el buen François, mi hombre de confianza, un hombre que desde mi juventud por todas partes me acompañó.

—¿Sabéis de qué le habló al pirata?

—¿Qué interés puede tener? Creo que para entretenerle le habló de Panamá, y también de Sevilla. En fin, cosas sin importancia.

—Discrepo de vuestra opinión, señor de Ferblanc. Muy por al contrario, creo que esta conversación sobre Panamá y Sevilla interesó sobremanera al pirata.

—¿Sí?—dijo con indiferencia Ferblanc—. Realmente, estaréis



—Echad en olvido mi edad...

de acuerdo conmigo en que Carlos Lezama, vuestro protegido, es original hasta la insensatez, y concede a veces importancia a detalles que no la tienen. Por ejemplo, ¿por qué razón, si su cabeza está a precio y ya se salvó una vez, no escapó, en lugar de desafiar de nuevo al Rey, quedándose en París?

—Por agradecimiento a la mujer que le salvó... y que no sabe

aún quién es.

—¿No estuvo con vos esta tarde? Veo repartidos utensilios de bordar; sin embargo, antes aquí nadie moraba, ni que mi servicio sepa, existía ninguna bordadora en este tercer rellano deshabitado.

Súbitamente, Humbert de Ferblanc acercóse a la ventana posterior desde la que veíase en la obscuridad los dameros de los techos del "Quartier Latin". Repiqueteó suavemente sobre el cristal.

—Es ley fatal que ese equilibrista de su vida, que anda ahora por los techos, parezca empeñado en que sea yo quien le envíe al otro mundo.

La enmascarada, junto a Ferblanc, miró...

Con pasmosa agilidad suicida, el Pirata Negro, gateando por el alero de un tejado cercano, bordeando una altura de veinte metros sobre el empedrado de la calle, dirigíase hacia el remate de la gargola próxima.

—Viene en busca de su Dama Carnaval—rezongó Ferblanc—. ¡Maldita sea su insensatez! De nuevo tendré que llevarle al verdugo.

La enmascarada apoyó su mano enguantada en un hombro de Ferblanc, que, extrañado, la miró.

—No lo haréis, Humbert de Ferblanc. Os juro que no lo haréis.

—Oh, señora. Galante soy..., pero no tanto. Siento no poderos ofrecer ese obsequio, ya que el tal pirata me agrada. Pero si no le entrego al Rey, junto con el Fantasma Gris, pierdo mi posición. Y aunque sea contra mi gusto particular, tendré que, por segunda vez, acompañar al señor Lezama al cadalso.

—No lo haréis—y la enmascarada habló lentamente, con calma—, porque... Carlos Lezama nació hace treinta y dos años en Boca del Toro, la aldea de Panamá.

Humbert de Ferblanc, lívido y con el rostro desencajado, asió por el brazo a la enmascarada.

—¿Qué decís? ¿Vos... quién sois? ¡Hablad!

—Dignaos soltarme. A veces tenéis modales de rufián.

Colgado de una gargola sobresaliente del tejado, el Pirata Negro se balanceó en el aire y su cuerpo, al parar las manos de su agarradero, describió un arco. Cayó limpiamente sobre la punta de los pies en el tejado vecino al del número 17 de la calle Huchette.

—Perdonad—masculló Ferblanc con voz fría, extremadamente pálido—. ¿Quién sois y qué sabéis de Panamá? ¿Me obligaréis a

arrancaros la máscara?

—No será preciso. Pero ved que el pirata se acerca... Y ese hombre que al verdugo queréis llevar por segunda vez... es vuestro hijo.

Humbert de Ferblanc rió amargamente, crispando las fuertes manos.

—Mucho sabéis, señora... Pero cabe la posibilidad de que conociendo ciertos aspectos íntimos de mi antigua vida, ahora los empleéis para salvar a vuestro... amante.

—¿Mi amante?—y la enmascarada rió con más amargura que la de Ferblanc—. El Pirata Negro fue al cadalso... porque supo en el último instante vos erais su padre. Y también supo que “ella” era sevillana, que vos la engañasteis, empezando tempranamente vuestra carrera de seductor. Ved, señor “favorito de las damas”; ahí se acerca vuestro hijo. Antes de dos minutos aquí estará... Preguntadle...

Humbert de Ferblanc fué retrocediendo, con los ojos desorbitados, mirando como si viera a un espectro. Acababa de reconocer la voz de la enmascarada.

Abrió la puerta y, llevándose las manos al rostro, empezó a descender las escaleras como un hombre ebrio.

La enmascarada cerró calmosamente la puerta, limitándose a empujarla. Quitóse el antifaz y los guantes, entrando en la cocina, y fué Esperanza Heredia, la que, desvistiéndose rápidamente, volvió a vestir la humilde y pulcra ropa de bordadora.

CAPÍTULO IX

El Fantasma Gris

Carlos Lezama, pese a la frialdad de la noche, secóse la frente sudorosa cuando, en el último salto de su arriesgada excursión, cayó en pie ante la ventana posterior a 1a. habitación de Esperanza Heredia.

Ella misma abrió las contraventanas y corrió los visillos tan pronto hubo entrado el Pirata Negro, que sentóse abriendo las piernas extendidas.

—Debéis excusarme, señora Esperanza. Pero he dado una paseata algo cansada.

—¿Por qué vinisteis, señor Carlos? Temía... que viniérais.

—¿No me hicisteis prometer que antes de irme os visitara? Llegó el instante de irme, y antes he querido besar las manos de la más bonita y simpática de las bordadoras sevillanas.

—¿No sabéis que todo el barrio está acordonado?

—¡Bah! La cadena más recia tiene siempre un eslabón débil. Se trata tan sólo de acertar con el eslabón... Siempre he tenido buena estrella, porque sé calcular cuándo he llegado al límite de mis posibilidades. Cuanto más he reflexionado en el asunto de las tres enmascaradas, más me ratifico en la idea de que fueron damitas que se aburrían... y para quienes cinco mil luises eran una bagatela. ¿Voy por eso a exponer mi repugnante pellejo? Por unos instantes pude suponer algo bello, romántico..., qué sé yo. Algo ajeno a simple aventura de parisina o sevillana aburrida. ¿Habéis averiguado quién era la tercera enmascarada?

—Esta tarde vi a la condesa de Galaroza. Me devolvió su disfraz como regalo, y habéis acertado, señor Carlos. La tercera enmascarada era una parisina que concertó con la condesa y

Carmela vuestro salvamento. Confían que las divertiréis...

—Han pagado caro la diversión que ya no estoy dispuesto a darles. Cinco mil luises que a vos tan ricamente os vendrían. No, no os enfurruñéis; no os echo en cara vuestra pobreza de hormiguita trabajadora, mi señora Esperanza; dadme las manitas en señal de buena amistad. Así—y el Pirata Negro asió entre las suyas las manos de Esperanza Heredia—. Ved, mi bonita bordadora, yo no quiero que vuestros negros ojos se mustien y vuestros deditos de rosa se piquen, porque están hechos para reposar inactivos. Por capricho de pirata, algún día volveré; que en deuda estoy de cinco mil luises con tres caprichosas damitas cortesanas. Y pagar quiero mis deudas. Y con vos estoy en deuda también.

—¿Conmigo?—y tembló ella, añadiendo—: Fría está la noche y temo por vos, señor Carlos. El “ejército de las sombras” ronda y os buscan.

—Dejadlos que anden rondando. Todavía es pronto y la noche es joven. Quiero, cuando vuelva a París, encontraros de nuevo y... en carroza iréis, porque tal es mi capricho.

Ella retrocedió, separando sus manos de las de Lezama; oíanse pasos quedos acercarse a la puerta. El Pirata Negro desenvainó...

* * *

Humbert de Ferblanc, al reconocer la voz de la enmascarada, sintió todo el remordimiento de la acción que en su juventud cometió, cuando raptando de Sevilla a Esperanza Heredia, que, enamorada, abandonó su familia, la llevó al lejano Panamá...

Aturdido por la repentina revelación doble, empezó a descender las escaleras, sin saber si huía del pasado o... del presente, encarnado en la figura de su hijo Carlos Lezama, el vivo reproche al que se añadía la figura de Esperanza Heredia, la mujer que creía muerta...

En el segundo rellano, detúvose. Quitóse la casaca, y, dándole vuelta, volvió a revestirla,. La negra casaca, adornada de azul, era ahora una casaca de lisa tela gris. Colocó sobre su boca un pañuelo de fina batista, anudándolo en su nuca. Quedaba con ello velada su voz natural de timbre sonoro.

Ladeóse el tricornio negro, al colocarse ajustadamente el lienzo gris que con incrustaciones blancas y en la obscuridad daba a su rostro cubierto la apariencia de una calavera humana.

Dió vuelta a los realces de sus botas y a las hebillas y dos nuevas motas grises convirtieron ya a Humbert de Ferblanc en el Fantasma Gris, y, a pasos quedos, el "bandido generoso" fué subiendo las escaleras, lentamente.

Vaciló durante unos segundos, y, al fin, recuperando su dominio absoluto, empujó la puerta.

—¡Tate!—sonrió el Pirata Negro, besando su espada desnuda, y saludando con ella al recién llegado—. Mi compañero de fatigas... Os saludo, señor Fantasma Gris. Pero estáis asustando a una dama. ¿Por qué no os quitáis esa careta de tan mal gusto?

La calavera parecía sonreír fúnebremente en la penumbra de la puerta ya cerrada. Esperanza Heredia sentóse, entrelazadas las manos en su regazo.

—Me persiguen—dijo roncamente el Fantasma Gris—. Han acordonado el barrió y necesito atravesar esta habitación para llegar a los techos. Tendré, si es preciso, que abrirme paso, señor.

El Pirata Negro rió en voz baja, con mueca sarcástica.

—Pero, ¿no os dije que soy vuestro compañero de fatigas? Si mil luises dan por vuestra piel y vuestro pañuelo, otros mil luises dan por mi pellejo y mis botas. Soy Carlos Lezama, vuestro vecino en los carteles.

El Fantasma Gris dejó oír una velada risa que resonó agriamente.

—Entonces, si la señora que presente está no se opone, ¿puedo sentarme? He andado mucho... y estoy realmente fatigado.

Ella, mudamente, designó una silla, donde sentóse la macabra figura de Ferblanc bajo el pañuelo. El Pirata Negro guiñó un ojo, divertido.

—Sois magnífica, señora Esperanza. Aparece este buen amigo con su pabellón de fingidos huesos por rostro y vos le recibís con gesto de reina concediendo audiencia. Para una bordadora tenéis temple de gran dama. Gran tierra Sevilla..., aunque no debería yo decirlo, puesto que ahora sé que sangre andaluza llevo en las venas. Ya me extrañaban a mí las fanfarronadas de las que tanto abundo. Sol de Andalucía... Eso es. ¿Y vos, señor Gris? ¿Nacisteis también con sangre sevillana? París necesitaba su "bandido generoso", y vos lo encarnáis maravillosamente.

—Pero a Humbert de Ferblanc no le gusta—dijo Humbert de

Ferblanc, cuyo lívido rostro verdadero no podía apercibirse—. He pensado que cuando logre salvar el círculo de arcabuceros y mosqueteros, tendré que visitar al señor conde. Él y yo sobramos en París.

El Pirata Negro apoyó sus dos puños en las escaleras,

—¿Sí? ¿Y qué pensáis decirle a Ferblanc?

—Presentarle la punta de mi espada.

—Es curioso. Esta misma tarde, dos mentecatos vinieron a decirme más o menos lo mismo, en el *“caveau”* de ahí enfrente, a ras de tierra. Y a ras de tierra hay ahora un cadáver con mi daga en el cuello. Y al otro que matar quería a Ferblanc, le dejé el alón inutilizado por un mes. Venía en busca de una estocada secreta. ¿Queréis que os enseñe una, señor Gris?

—No os entiendo. Si sois el Pirata Negro, ¿para qué os sentís defensor de Ferblanc que es quien os persigue como a mí?

—Querido calavera—y Carlos Lezama agitó el índice burlonamente—, hay cosas que tú no puedes comprender. Dice el rumor que eres valiente y leal; no dejes de serlo, amigo. Si piensas atacar limpiamente a Ferblanc, allá tú, que él sabe defenderse. Pero si le mataras a traición, tarda o temprano lo sabré, y tarde o temprano vendría yo en tu busca.

—Incomprensible sois, pirata.

—Por pirata, soy caprichoso. ¡Ea! Creo que la señora Esperanza estará ya deseosa de perderos de vista. Con que, ¿te parece, amigo, que nos vayamos a hacer compañía a los gatos? Un horizonte de tejados nos espera.

—¿No dijisteis antes que la noche es joven, señor Carlos?—dijo suavemente la andaluza—. Si al señor no le queréis contar vuestros motivos para defender a Humbert de Ferblanc, ¿a mí no queréis explicármelos? Por vieja, por mujer y por andaluza soy triplemente curiosa.

—Por espléndido otoño, por Eva linda y por sevillana os voy a complacer. Al señor de Ferblanc no quiero que nada le pase... porque hace justamente treinta y dos años coincidimos los dos en un lugar de América; allá, en una tierra llamada Panamá, en una aldeíta apodada Boca de Toro, en Chiriqui.

—¿Hace treinta y dos años?—musitó el Fantasma Gris.

—¿Os interesa?—y el Pirata Negro contempló al “bandido

generoso”. Tened en cuenta que le estoy hablando a la señora; en otros términos, que no os metáis en lo que no os importa. ¿No os doy el mejor de los ejemplos, permitiéndoos continuar con vuestra tapadera de calaverón?

—¿Cuántos años tenéis hoy, señor Carlos?—preguntó ella.

—Esos que dije: treinta y dos. El señor de Ferblanc tuvo a bien presenciar mi nacimiento... y, aunque me dejó a la tutela de una mulata bonachona, llamada “Mamita Fríjoles”, ella nunca supo decirme quién fué mi padrino hasta que, hace poco, lo averigüé. También averigüé que la que nunca conocí en Sevilla nació... y en lugar ignorado murió. Lo cual es mi tormento y mi paz; tormento, por no haberla conocido, y paz, porque ella murió sin saber en el bribón que me convertí andando el tiempo. Bien, bien; señor Gris, me estáis escuchando con todo el cuerpo tenso como un arco y vos, para ser curioso, no tenéis la atenuante de ser mujer, ni otoñal ni sevillana. ¿Qué os parece si nos diéramos el olivo? Hablando refinadamente, ¿qué os parece si nos largásemos?

—¿Conocéis bien este barrio, amigo pirata?—dijo el Fantasma Gris, levantándose.

—Para mí los techos me son todos iguales. Basta tener buen pie, mejor vista y no sufrir de vértigo.

—Yo conozco París como mi faltriquera. No es aún hora de deambular por ahí. Os propongo un pacto: vos me ayudaréis a andar por los techos, subsanando mi precaria agilidad, y yo iré a un lugar poco distante, donde tengo escondidas varias pistolas. Nos podrán ser útiles, ¿no opináis así?

—Cierto. El ruido de la pólvora asusta y abre claros en toda cadena humana. Pero andad con cautela; hay muchas sombras por las calles.

—¿Sombras? Yo... soy una sombra más. Señora, a vuestros pies. También yo admiro la reposada actitud con la que oís conversar a dos bandidos. ¿Os ofende que os llame bandido, señor pirata?

—Entre bandidos huelgan los modales refinados, señor calaverón. Id a por vuestro armamento y aquí os aguardo.

Humbert de Ferblanc salió; mientras descendía las escaleras, hundió en su bolsillo el pañuelo y el lienzo. Giróse la casaca, arregló sus hebillas y las vueltas de sus botas, corrigió el ladeo de su tricornio y retocando su peluca blanca llegó a la calle.

Pegado a la pared para no ser visto desde la ventana alta, deslizóse hasta la esquina, donde dos sombras se unieron.

—A la orden, señor—musitó uno de los espías—. Empezaba a inquietarnos vuestra tardanza.

—La casa está deshabitada, como dijisteis. Sólo en el tercer piso hay una habitación con utensilios de bordadora y en ella está una señora amiga mía, que, a espaldas de su marido, pasa ahí su semana de Carnaval. Abandonad la vigilancia de esta calle e id los dos en busca de más refuerzos. Quiero que el cordón que rodea este barrio sea duplicado.

—Bien, señor. ¿Y qué hacemos con Henri Dusmesnil? ¿Lo llevamos al cuerpo de guardia?

—¿No está muerto? Mañana, al amanecer, pasad a recogerlo. Ahora id a lo que os he ordenado.

Al quedarse solo, Humbert de Ferblanc dirigióse con el tricornio caído sobre los ojos y alzado el coleto al *“caveau”*, donde poco después inclinábase sobre el cadáver de Henri Dusmesnil.

Dedicóse a una extraña operación; el lienzo gris con la calavera quedó arrugado en el bolsillo del ex mosquetero muerto. Quitóse Ferblanc las vueltas de la tela de sus botas, que con las hebillas encajó en las botas del muerto, y levantándolo con una sola manó le quitó la casaca, que revistió. En el paño pardusco marcábanse manchas de sangre que secó con la vuelta negra de la casaca de doble tela.

Y, poco después, Humbert de Ferblanc subía de nuevo las escaleras que conducían al tercer piso de la casa número 17 de la calle Huchette.

Su entrada hizo saltar hacia atrás al Pirata Negro.

—¡Oh, oh! ¡Su excelencia el señor conde Humbert de Ferblanc! ¿Cómo diablos, y perdonadme la expresión, me honráis con vuestra visita? No os aguardaba a vos.

El conde saludó ceremoniosamente y en silencio a Esperanza Heredia. Con las uñas de su diestra y con el revés de la mano rascó levemente las manchas de sangre de su casaca.

—Supongo que aguardabais al Fantasma Gris, ¿no, mi joven capitán de armas? Siento comunicaros que fué atrapado por mis sombras al descender de aquí. Era valiente... y aquí— señaló Ferblanc el lugar manchado de sangre que estaba rascando con

indolencia—están sus restos.

—Paz a los restos del "bandido generoso"—dijo Lezama con la mano apoyada en la guarda de su espada—. ¿Venís ahora a por mis restos, señor de Ferblanc?

—Creo que el rey se contentará con los del Fantasma Gris. Vos, mi joven amigo, de nuevo habéis pecado de insensato. Pero... no quiero ni puedo entregaros al rey.

—¿No sois el intachable e insobornable secretario de seguridad? ¿O acaso creéis que esta vez no quiero de nuevo que me acompañéis al cadalso donde vuestro verdugo espera?

—Verdugo del rey, mi joven amigo, del rey. Cuando os vinieron a liberar, podíais haberme ajusticiado. Al fin y al cabo yo os llevaba a la muerte y justo habría sido que muerte me dierais. Por la vida que entonces me disteis... hoy la vuestra quiero daros.

—¿Darme la vida?—y el Pirata Negro sonrió con amarga ironía—. Si supierais qué extraña verdad acabáis de decir, os reiríais, señor de Ferblanc. ¿No veis cómo me río? Pero ved quién soy: un pirata. ¿Por qué diablos no cumplís con vuestro deber? ¿No tenéis espada? Al aire con ella... que quizás hoy podáis darme una lección de esgrima... Estoy muy torpe últimamente; he perdido habilidad...

—No quiero morir a vuestras manos, Carlos Lezama..., ni vos podéis morir a las mías..., porque, vida por vida, he venido a sacaros de París. Y si vos sois pirata caprichoso, yo soy terco también. Necesito vuestra palabra de que os marcháis de París; no quiero volver a veros... porque un pirata, aunque sea de vuestra categoría, no es amistad para un secretario real.

—Cierto es. Un pirata como yo... os compromete a vos, el hombre intachable. Pero, no quiero deberos nada, señor de Ferblanc. Gracias por vuestra... tardía generosidad. No la quiero.

—¿Tardía?—murmuró Ferblanc.

—No sabríais comprenderme. Una vez nació en selva jamaiquina un leopardo y yo lo crié, le alimenté—la voz del Pirata Negro se empañó con súbita ronquera—y es hoy un gato honrado. Si lo hubiese dejado libre en la selva, sería una fiera más..., ¿podría yo reprochárselo? Quiero con esta comparación, significar que hombres como vos, intachables y honrados, deberían a veces tener la generosidad de enderezar árboles jóvenes cuando se tuercen y no abandonarlos. Comprended—y rió con estridente dureza—que

enderezar segando cuellos, es… tardía generosidad.

Humbert de Ferblanc comprendió la alusión, pero tenía trazado un plan de conducta.

—Habéis estado oportuno, señor Lezama. Juzgo que aún es hora de indicar labor de leñador sin segar vuestro cuello. En recuerdo mío…, yo sé que evitaréis caer en peores caminos que los que hasta hoy habéis recorrido. Por eso quiero ayudaros, que, algún día, quizás podáis ayudarme. Yo mismo he ordenado que doblen el acordonamiento. Moriréis si intentáis atravesarlo sin mi ayuda.

—¿Y a vos qué se os va o se os viene en que muera o no? Escuchadme con atención: desde que lancé mi primer vagido de mamoncete, solo he andado, solo he vivido… y solo quiero morir. ¿Está claro, señor de Ferblanc?

—No me hablabais con esa dureza en el castillo de Vincennes.

—Allí… era allí, y estaba aún bajo los efectos de determinado sentimentalismo… que ya pasó. Pero… ¿qué os pasa, mi linda bordadora?

Esperanza Heredia, oculto el rostro entre los brazos cruzados sobre la mesa, sollozaba mudamente. Levantó el semblante, por el que corrían silenciosas lágrimas.

—Vuestra madre os ve, señor Carlos. Y al oíros hablar me recordáis el hijo que anda por el mundo, solo como vos, luchando siempre con su sentimentalismo… Por ella, por la que en el cielo está, atended mi ruego; en nombre de mi hijo, ¡dejad que Humbert de Ferblanc os salve!

Y de nuevo ocultó entre sus brazos el rostro lloroso. Carlos Lezama, sintiendo un extraño picor en su garganta, acarició los blancos cabellos.

—Mi pellejo de pirata no vale que queméis vuestros lindos ojos, mi bonita bordadora. La generosidad del señor de Ferblanc no me conmovió, pero vuestra súplica de madre es mandato que no se puede desoir. Algún día, señora Esperanza, volveré a veros… cuando el señor de Ferblanc en París no esté. Y recordad; en carroza os pasearé, y sólo para mi coseréis pañuelos.

Besó el Pirata Negro las dos manos de Esperanza Heredia y dióse media vuelta, enfrentándose con Humbert de Ferblanc.

—Considero superfluo lo que voy a deciros, señor de Ferblanc. Por raza, por lealtad, por hombría… vos olvidaréis que esta señora

protección me dió. Si os sentís generoso conmigo, olvidad que aquí me encontraréis. Nada debe ocurrirle a la señora Esperanza Heredia.

—Mi palabra de caballero que olvidaré por completo a la bordadora del número 17 de la calle Huchette. ¿Vamos?

—Hasta... pronto, si mi buena estrella no me abandona, señora Esperanza. ¡Por Sevilla! Y no lloréis más: hay que soportar con sonrisas lo que el destino escribe en los libros de nuestras vidas, señora Esperanza. Vuestro hijo... algún día lo veréis. Será un apuesto mozo, honrado, orgullo de vuestra otoñal vida... ¿Lloráis de nuevo?—chasqueó la lengua el Pirata Negro en reproche risueño—: Las sevillanas son lindísimas cuando sonríen... Dejadme partir con la visión de una bella sonrisa en vuestros labios... Así, eso es... Amanecer de sonrisa en rocío de tiernas lágrimas. Dió una brusca media vuelta y abrió la puerta. Sin girarse, dijo:

—Adiós... o hasta la vista, si en vida sigo.

Humbert de Ferblanc, antes de salir, hizo un mudo gesto con las dos manos; un silencioso ademán de indicación neta.

“Aguardad”.

Alcanzó a Lezama en el segundo rellano; le cogió del brazo.

—Poneos el antifaz, Carlos Lezama. Con él seréis un caballero amigo que me acompaña en domingo de Carnaval.

—Carnaval es la vida, Ferblanc. Aunque os aviso que con antifaz o sin antifaz soy caballero... cuando quiero.

—¿Quién lo duda? ¿No notáis que en la calle se respira mejor?

—Cierto. Allí arriba empezaba a sentirme incómodo. Una madre llorando es espectáculo que a ningún pirata gusta. ¿Conocéis a esta pobre bordadora?

La mano de Ferblanc se crispó ligeramente en el brazo de Lezama, mientras doblaban la esquina.

—No. Parece más distinguida de carácter que lo que en simple bordadora sería de esperar.

—Mareado estáis, señor “favorito de las damas”. Tanta cortesana os ha estropeado el paladar. En Sevilla hasta la gitana más humilde raza tiene y distinción para superar a todas vuestras conquistas parisinas. Ved a vuestra derecha; os acaban de saludar sombras...

—Tengo tantas sombras a mi alrededor... que algunas dejaron de importunarme y no las saludo... si no las vea delante mío de pronto.

Ahí está el Puente de Bercy; cuando lo atraveséis en mi compañía estaréis a salvo, ¿Puedo confiar en vuestra palabra de hombre de que no volveréis a París?

—Mientras vos sigáis de gran señor, no. Ahora... si algún día os sentís deseoso de navegar y la vida pirata os seduce, quizás, quizás os daría un empleo a mi bordo.

—Lo pensaré..., aunque estoy algo viejo ya para navegar. Reíd, queréis; sois un caballero en noche de Carnaval.

Cuatro mosqueteros grises rindieron sus espadas ante Ferblanc, que tocó ligeramente el borde de su tricornio.

—Sin novedad, señor conde. Ha sido reforzada la línea que rodea el “Quartier Latin”, como ordenasteis.

—Un pájaro cayó ya, señores—dijo Ferblanc—. Me refiero al Fantasma Gris. Pero me temo que de nuevo ese español pirata se ha escapado. Pero, en fin, hemos hecho todo lo posible. Gracias, señores.

Saludados por las cuatro espada alejáronse los dos hombres, atravesando el puente, a cuyo final, el Pirata Negro rió irónicamente.

—Es ligeramente pirata vuestra desfachatez, señor de Ferblanc. Al oiros hablar a esos mosqueteros, yo mismo quedé convencido de que ese español pirata estaba muy lejos. Me temo que como yo tenéis dotes de farsante.

—Muchas más de las que suponéis, Carlos Lezama. Bien, aquí termina mi misión. En el cadalso estreché vuestra mano y no me guardabais rencor. Sigo admirándoos y espero que nunca más nos veremos... para bien de ambos. ¿Puedo abrazaros?

—¿Por qué no? ¿No estáis despidiendo a un caballero amigo en una noche de domingo de Carnaval?

Ambos hombres uniéronse en poderoso abrazo; Ferblanc susurró:

—A veces quisiera mataros..., y otras, os daría mi propia vida.

—Es curioso. Lo mismo me ocurre.

Se separaron, mirándose con intensa e idéntica expresión en los negros ojos irónicos y soberbiamente orgullosos.

—Gran tipo sois, Carlos Lezama.

—Yo os seré más respetuoso... por las canas que ocultáis, señor de Ferblanc. Gran caballero sois. ¡Lástima que seáis intachable!

Juntos… habríamos sido los reyes del mar.

—Vos en el mar sois rey; dejadme a mí las migajas de la sórdida tierra. Por ellas, porque soy ambicioso…, en París me quedo. Y no creáis, a veces, aspiro a otra vida más accidentada, donde se respire otro ambiente que el pútrido y cobarde maquiavelismo cortesano. Un diario luchar por nobles causas, donde como vos ser pirata, es ser águila noble.

—Nacisteis conde, y si os lo proponéis al mismo Rey de Francia daréis sombra… Bien, creo que nos estamos dando demasiados elogios. Por última instancia: ¿queréis decirme si Lisa Souza sigue asustada por mi culpa?

—Os sigue llamando Carlos, como os prometí. Y ahora que os vais, puedo deciros algo que os alegrará si realmente queréis a Lisa con cariño de amistad como me consta. Va a casarse con hombre digno y honrado; con el joven vizconde de Luynes. Será feliz.

—Mi alma así lo desea… porque tengo alma, ¿sabéis, señor de Ferblanc? Algo muy incómodo de llevar cuándo se anda en trances piratas. ¿No os parece ridículo e impropio que yo, el Pirata Negro, posea un alma a veces sensible como la de un humano común?

—¡Ojalá los humanos comunes poseyeran vuestro temple! ¡Adiós, Carlos Lezama! ¿Puedo marcharme y perderme de nuevo en el perfumado París de mil demonios, sin que me desazone pensar que acaso me guardéis rencor?

—Adiós, señor de Ferblanc. No puedo… aunque quisiera… guardaros rencor. Que la suerte os sea siempre amiga… y, ¡voto al diablo! Id pensando ya que Lisa Souza os dejará jugar con sus hijos… Que de “favorito de las damas” os convirtáis en nodrizón tranquilo… Que ya años tenéis para sosegaros…

Ambos hombres se saludaron, riendo en mezcla de carcajada risueña y amarga. Y ambos a la vez volviéronse las espaldas, alejándose apresuradamente el uno del otro.

Humbert de Ferblanc perdióse en las negruras de París.

Carlos Lezama dirigióse hacia el bosque de Charenton.

Ambos por el camino rezongaban sordas imprecaciones, que, más o menos, coincidían en reprocharse “absurdos sentimentalismos”.

CAPITULO X

Las sombras

Esperanza Heredia no demostró con ninguna exteriorización sus íntimos sentimientos cuando en la habitación entró Humbert de Ferblanc, quien, dejando su tricornio sobre la mesa, sentóse frente a ella.

—Muchos son los misterios que debéis aclararme. Hace años... que por muerta os di. Sombras del pasado que creí nunca renacerían.

—Y no habrían renacido si por una mujer no hubieseis vos entrado en la vida de Carlos Lezama..., nuestro hijo.

—En aquellos años solíais decirme que yo de cínico e insensible pecaba. Os tuve siempre por corazón sensible, y ahora os digo: ¿qué madre sois que indiferente veis marchar a vuestro hijo sin revelarle la verdad?

—Reprochar puede quien encima está de todo reproche, Humbert. Sombras del pasado dijisteis antes; sombras que habíais casi olvidado. Os recordaré quién es el hombre calificado de intachable; recordaremos quién es en verdad el conde Humbert de Ferblanc, el sacrílego que destrozó mi juventud, el hombre sin fe ni moral que puso nieve en mis cabellos y tristeza en mis labios a la edad en que otras mujeres aun son jóvenes.

—Entonces... yo tenía pocos años...

—Cierto; era un apuesto mocito el que llegó a mi reja—y la andaluza cerró los párpados evocando—. Hablaba un español gracioso y las risas de Esperanza Heredia levantaban vuelos de palomas en mi azotea. Mis padres le veían con recelo; era conde de Ferblanc..., pero tenía alma de aventurero. Bebía, jugaba y a todas las sonrisas femeninas contestaba, Quizás esto fué lo que me

enamoró.

—¿Para qué remover cenizas? Dejad el pasado...

—No. Tenéis que comprender por qué Carlos Lezama se ha ido creyéndome una bordadora sensiblera, pero ajena a él. ¿Recordáis el Cristo del Gran Poder? Ahí iba Esperanza Heredia todas las mañanas, al romper el alba; vos regresabais de vuestras nocturnas orgías. Ella rezaba por el condesito apuesto y dicharachero, que pedía claveles y mentía amores. Y una mañana en que el azahar embalsamaba mi reja, me propusisteis huir.

Estabais seguro de que os amaba; sabíais que mis padres no os aceptarían porque orgullo tenían para darme de esposa a un noble francés con la sola fortuna de su espada. Un noble francés de pocos años, alocado y aventurero, que huyó del hogar paterno. Os amaba, Humbert de Ferblanc, pero limpiamente. Admití seguiros donde fuera, si vuestra esposa era...

—Remover puñales en heridas cerradas es crueldad innecesaria.

—¿Heridas cerradas?—y ella sonrió con inmensa pena—. ¡Cuán propio es esto de Humbert de Ferblanc! Si vos olvidasteis... yo nunca podré olvidar. Una tras otra, muchas os habrán dicho que os amaban; pero, escuchadme Humbert de Ferblanc, como yo os quise, como os quiso Esperanza Heredia, de dieciséis años, ninguna mujer os ha querido—. Cerró de nuevo los ojos y habló con monotonía—: Los luceros titilaban en mi bella noche sevillana, cuando arrodillada pedí perdón a los que dormían confiados. A mis padres. Pero confiaba que algún día me perdonarían, porque si a casarme iba oculta y secretamente, algún día volvería a la luz del día, orgullosa y madre. Veo aún la lejana capilla del campo de Utrera, donde un cura balbuciente y encapuchado nos casó. Yo, sus manos besé, y vos, me sonreíais tan amorosamente, que de aquella noche sólo recuerdo la gallarda figura de un mocito apuesto, que en malahora a mi reja pidió amores y claveles.

—Fuisteis feliz... No todas pueden decir lo mismo...

—¡Callad! ¡Que si entonces huí, hoy acumulo mucho rencor! No añadáis la mofa treinta y dos años después del escarnio de un acto canalla. Volvamos a entonces; cuando el sol era oro puro para mis ojos cándidos de enamorada. Me dijisteis que en las Américas, las fortunas se entregaban a los audaces y audacia os sobraba. Mar, mucho mar durante eternos días y una aldeíta panameña, donde

vivía feliz. Tenía un hijo..., un hijo que no lloraba, un hijo que demostraba un genio tempestuoso. Sonreíamos ambos viéndole patalear vigorosamente..., y una noche os fui a buscar porque tardabais en regresar. Estabais con François, vuestra alma del diablo. Y François bebía; François hablaba... Hablaba del campo de Utrera; hablaba de la capilla donde un cura quedó atado..., Reía diciendo que por vez primera no había desempeñado mal el papel de cura casamentero. Vos... le atajastéis. No os gustaba aquella evocación... Al salir tropezasteis con mi cuerpo desvanecido; por espacio de una semana, deliré. Y al sanar no quise volveros a ver. Temía mataros..., temía seguir con vos, fingiendo ignorar vuestra sacrílega burla... Huí, sufrí, y de nuevo mar, mucho mar, pero a solas con mi pena. Habíais logrado lo más monstruoso: que odiase al hijo de mis entrañas, porque era mi deshonra. Mis padres habían envejecido mucho cuando ante ellos me arrodillé. Fueron compasivos y entré en un convento de la Serranía cordobesa.

Humbert de Ferblanc introdujo sus dedos entre el coleto de encajes y la garganta, aflojando la presión que como dogal le molestaba.

—Años más tarde..., supe que un conde francés había venido de nuevo a Sevilla, a buscarme. Mis padres limitáronse a decirle que Esperanza Heredia había muerto. No mentían: Esperanza Heredia había muerto, porque vivir como yo viví desde que huí de vuestro lado era peor que la muerte, que reposo es. Más tarde, fué menguando mi dolor; regresé a Sevilla. Pagué emisarios que a Panamá fueran en busca de un muchacho de vivo genio, ya que sabía que vos andabais por Europa y con vuestro fácil carácter, Panamá ya no existía para vos. Meras sombras del pasado; leves cenizas... Se sopla y se aventan... Un emisario murió de fiebres; otro, volvió muchos años después.. Había encontrado la pista del que, de profesor de esgrima, en pirata habíase convertido. Mi hijo... era el Pirata Negro. Un leopardo, ¿recordáis sus palabras?, un leopardo libre... Más nieve cayó en mi cabeza. Hace un año, la condesa de Galaroza, mi prima, se casó con un francés. Sin mis padres y viendo en todas las rejas sevillanas a un apuesto mocito que mentía amores, ¡Sevilla me entristecía... Acompañé a la condesa. Oí hablar de vos; seguíais siendo “el favorito de las damas”. Es triste, Humbert de Ferblanc, ver en qué queda un amor

cuando en odio se convierte. De lejos os vi un día... y os maldije.

—No os lo reprocho, señora. Lo que me pasma es que me dejaseis vivir. Tarde es para decíroslo, pero cuando a Sevilla volví fué para reparar mi innoble acción.

—Mitad canalla, mitad caballero, ¿no? En Sevilla somos o una cosa u otra, Humbert de Ferblanc. Pero, ¿a qué hablar sobre eso? Cuanto he recordado ha sido sólo para explicaros por que cuando supe que Carlos Lezama os había quitado los favores de Hortensia de Saint-Mandé y acompañaba a Lisa Souza, vuestra protegida, tras haberos desarmado, comprendí que si canalla vos fuiestéis y pirata él era, no podía consentir que un padre llevase al patíbulo a su propio hijo.

—Mis culpas y grandes tengo, señora. Murió el pasado. Pero nunca he oído hablar de una madre que, pudiendo abrazar a su hijo, tiene la frialdad de alma de jugar con él y permitir que siga siendo lo que en parte por nuestra culpa es. ¿Tanto sufristeis que en vez de corazón tenéis mármol frío?

—Sufrí con el padre, y él... es como vos. Genial, extravagante, galanteador... Un bandido... como vos, señor Fantasma Gris.

Humbert de Ferblanc rió con sarcasmo.

—El Fantasma Gris está muerto, señora. Pasado, simple pasado. Y el bandido de que habláis... es vuestro hijo. ¿Deshonra también a la nobilísima sevillana que sus condesas primas sepan que ella dió a luz a un bravo y caballeroso pirata?

—¿Deshonra a Humbert de Ferblanc que la Corte de París sepa que su hijo es un bandido?

—A mí, dejadme aparte. Por bandido he abrazado a mi hijo; como secretario del rey no podía reconocerle. Y él nos dió a ambos una lección, señora: nos demostró que siendo bandido, nos da cien y raya en nobleza. ¿Creéis que no he comprendido por qué, como los hijos en las comedias de corte trágico y griego, no se lanzó a mis brazos, llamándome “padre”? Porque es un leopardo a cuya altura de alma... ni vos ni yo llegaremos nunca. Pudo escupirme al rostro por haberle abandonado, y se dejó llevar al cadalso, porque me consideraba un hombre intachable y honrado. ¿Que he sido el Fantasma Gris y vos pudisteis adivinarlo hace horas? Él no lo sabe y marcha orgulloso de mí, como yo, señora, orgulloso estoy de él, mal os pese. Que si en Sevilla las damas anteponen su honrilla a los

impulsos que las mismas lobas sienten, en Francia, por ambición, un padre sabe fingir..., pero muy alto proclama que siente orgullo de haber conocido a Carlos Lezama, e1 Pirata Negro.

—Vos entendéis de conquistar mujeres, pero no entendéis la complejidad de un alma femenina puesta en mi trance.

—¿Alma vos? ¿Vuestro hijo... y lo dejáis partir de nuevo a su vida de pirata?

—¿Os tendré que decir lo que no queréis comprender? Viéndole..., os veo cuando claveles me pedíais en Sevilla. Como vos, el ríe y tiene el fácil ademán de galanteador. Por un beso se juega la vida; por una palabra, mata a un hombre. ¿Volver a sufrir cuanto por vos sufrí? ¿Esperar las noches a que amanezca sin saber si al alborear su cadáver me traerán? Angustias, angustias... No quiero sufrir más... porque su imagen está al fuego candente en mi corazón. Quise evitar que vos le llevarais al patíbulo, y el hachazo que el verdugo no dió, aquí...—y golpeóse ella el pecho—aquí lo he recibido.

—Lo soportáis valientemente—dijo Ferblanc sonriendo.

—¡Idos!—exclamó ella con ronca voz—.¡Idos..., porque renacen en mí los deseos de mataros!

—Es derecho muy vuestro, señora. ¿Podéis decirme antes de matarme qué diablos pretendisteis con vuestras mascaradas y vuestras falsas aguja de bordadora?

—Cerciorarme de que él era como vos... Cerciorarme de que nunca podría él darme el reposo sereno que una madre quiere..., porque él es vuestro hijo.

—A muchísima honra, y... empiezo a lamentar que está ya fuera de París. Pero, en fin, siga el Carnaval como él dijo. Vos, a vuestras primas condesas; yo, a mis cortesanas... Ni vos servís para madre... ni yo tengo arrestos para ser padre de todo un soberbio leopardo como Carlos Lezama. Soy ya viejo para domesticar fieras y me contento con juguetear entre gacelas coquetas..., como, por ejemplo, vuestra prima la condesa de Galaroza.

—¡Idos..., por última vez os lo digo!

—Obedezco, señora. Arden vuestros ojos... Tengo el pecho muy ancho y las espaldas más anchas aún... Quizás si me hacéis matar, os quedaré agradecido. Señora, siempre vuestro rendido servidor.

Cuando Humbert de Ferblanc hubo abandonado la habitación,

Esperanza Heredia reclinó su cansado rostro sobre sus brazos cruzados… Sus mudos sollozos duraron largo tiempo… Poco después, con una última mirada a la habitación, dejó para siempre el humilde cuarto donde había renacido la tragedia de su vida.

EPILOGO

"Piernas Largas", impacientábase en el seguro escondrijo de los matorrales del bosque de Charenton. Obedecer era ley a bordo del "Aquilón", y muchas veces obedecer era molesto.

Por su gusto no habría dejado solo a su jefe, pero quien manda, manda, meditaba el andaluz. Sonrió con todos sus dientes sucios cuando la silueta del Pirata Negro apareció a su lado.

—En camino, chiclanero. En París ya nada nos queda por hacer. En las afueras mercaremos caballos. ¿Qué plata llevas?

—Seco estoy, señor. Gasté las últimas monedas en flores y champaña para mi paisana, la bordadora.

—¡Maldito pirata! Eres tan derrochador como yo. Pero hiciste bien, que la paisana vergeles enteros se merece y mares de champaña debería tener para sus baños. Bien, ¿qué crees tú que hace un honrado bribón cuando a pie no quiere caminar?

—Mercar caballo a lo rico, o montar a lo gitano, señor.

—Gitanos somos, pues, hijo mío, porque mi bolsa está vacía. Dos caballos necesitamos... y los tendremos.

* * *

Camino del Sur, al trote lento de su caballo, "Piernas Largas" lanzaba al aire la vibrante canción de "la antillana esmeralda donde los hombres engarzan los rubíes de sus corazones a puñaladas de mortal joyero..."

—Ya tengo hartura de tus coplas, andaluz. Cerca estamos de la aldea de Kerdal, donde buen amigo tengo. Reposaré en su castillo algunos días. Sigue camino del sur, y que mi "Aquilón" esté limpio y brillante como un sol cuando yo llegue.

—Yo podría dormir en el campo, señor, y aguardarte cerquita— dijo vacilante "Piernas Largas".

—¿No te dije que para copleos no estoy? Espolea tu penco y que te pierda ahora mismo de vista. Vas en acto de servicio a darle a “Cien Chirlos” el aviso de que hoy en cuatro fechas a bordo estaré. ¡Desaparece, galán!



Sonrió al dar vista al bosque...

“Piernas Largas” taconeó al caballo, y poco después perdíase en la lejanía.

Carlos Lezama giró grupas, y, a lento paso, dirigióse a la aldea, donde alzabase el castillo de la condesa de Kerdal.

Sonrió al dar vista al bosque que circundaba el castillo, y en su sonrisa había poca alegría.

—¿Conde Carlos de Ferblanc? No, no me gusta, ¿verdad, caballo? Suena mucho mejor Carlos Lezama, el Pirata Negro.



FIN

Notas

[1] Mujer galante. < <

[2] Ver *La primera derrota*< <